

Francesc Miralles

Un rayo de esperanza



UNA NOVELA
FEEL GOOD

Plataforma
Ficción

Un rayo de esperanza

Francesc Miralles



Primera edición en esta colección:
septiembre de 2016

© Francesc Miralles, 2016
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2016

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-16820-31-3

Diseño de portada:
Pere Valls

Realización de cubierta:
Grafime

Composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Agradecimientos

«La esperanza es como un camino en medio del campo. Tal vez antes no había ese sendero, pero, cuando mucha gente empieza a caminar por él, el sendero acaba existiendo.»

LIN YUTANG

1. Café Turner

Sarah abrió el sobre con la sospecha de que su contenido iba a cambiar su vida. Y no precisamente para bien.

Al leer el comunicado del administrador de fincas, aquel temor que le robaba el sueño desde hacía semanas se vio finalmente confirmado:

Estimada Sra. Bradford:

Lamento transmitirle que nuestro cliente ha rechazado su propuesta de prolongar el alquiler a cambio de un pequeño incremento en la mensualidad.

Tal como le hice saber en nuestra anterior reunión, el interés de la propiedad es vender la casa tras realizar las reformas pertinentes. Para que ello sea posible, le rogamos que entregue las llaves el 22 de diciembre, día en el que expira el contrato de arrendamiento, que no puede ser renovado.

Quedamos a su disposición para cualquier consulta adicional y

La propietaria del Café Turner fue incapaz de seguir leyendo. En lugar de eso, rompió el papel y el sobre en cuatro trozos y los arrojó a la basura, que estaba bajo la cafetera.

A través de la superficie pulida de la máquina italiana advirtió entonces que no estaba sola. Una figura juvenil, reflejada borrosamente en el plateado, había ocupado una mesa al fondo del salón.

Intentando recuperar el aliento, Sarah se alisó con la mano la media melena teñida de rubio antes de volverse para ver quién era. La visión de una chica de cabellos rojos, con la mirada llorosa, le hizo sospechar que aquel lunes era fértil en malas noticias.

Mientras se dirigía a la mesa, el recuerdo de la carta que acababa de destruir la hizo resoplar como un animal vencido.

—¿Qué te sirvo?

Los ojos claros de la chica se elevaron hacia ella confundidos, como si no lograra entenderla. Sarah pudo advertir que le temblaba levemente el labio inferior. Superada por su propia desdicha, se dijo que aquella tarde no tenía fuerzas para consolar almas

extraviadas. De modo que se limitó a dejar una carta de bebidas en la mesa y volvió a parapetarse detrás de la barra.

Recién entrada en la sesentena, se dio cuenta de que aquella sería la primera Navidad que pasaría lejos de Puerto Añil desde su adolescencia. Y no porque ella quisiera. Además de desalojar el café-restaurant que había regentado desde su divorcio, también tendría que abandonar su vivienda, en la planta superior.

Ni siquiera contaría con la ayuda de un traspaso para rehacer su vida en aquel pueblo pesquero, que estaba convirtiéndose en un reducto de turistas ricos. Tendría que buscarse un pequeño apartamento en la ciudad y trabajar de cualquier cosa hasta que llegara la jubilación.

Cada vez más abatida, Sarah desvió la mirada hacia la puerta de cristal desde la que se veía cómo el oleaje rompía contra el muelle.

Aquel mar que la había enamorado en su juventud de repente le parecía denso, oscuro y despiadado. Justo entonces, una ola imponente se desintegró en una explosión de espuma que alcanzó la entrada del café, algo que sucedía en contadas ocasiones.

Antes de ir a por una bayeta, Sarah pensó que incluso el mar de diciembre quería expulsarla.

2. Hablen entre ustedes

Celia miraba la carta sin lograr concentrarse en lo que ponía. Toda su atención estaba anclada a su *smartphone*, que descansaba sobre la mesa como una nave a la deriva. Hacía horas que lo consultaba de forma compulsiva, pero la pantalla no había mostrado signos de actividad desde esa noche maldita que la había partido por la mitad.

Naufragando entre la pantalla líquida y aquella carta de bebidas, sus ojos desconsolados se posaron en el cuadro que tenía más cerca.

La cafetería contaba con media docena de pinturas que parecían del mismo artista. Y no solo por el estilo, que oscilaba entre el realismo y el impresionismo, sino por la temática, que encajaba como un guante con su estado de ánimo: todo eran incendios, hundimientos, tormentas y otras catástrofes que ponían en jaque la vida humana.

Sobre la mesa redonda que ella había ocupado, al estar el café desierto, una pintura mostraba un velero en llamas, en plena noche, con un bote de salvamento lleno de náufragos que trataban de sortear una gran ola a punto de engullirlos.

El artista había congelado el drama en aquel punto, como si quisiera dejar al espectador con la duda de si aquellos desgraciados salvarían el pellejo.

Celia se identificó con los pobres diablos que luchaban para no acabar en el fondo del mar, por mucho que hubieran llevado una vida miserable.

«El ser humano es un superviviente nato», se dijo mientras volvía a mirar ansiosa la pantalla de su móvil. Desde que él la había dejado, la noche anterior, esperaba una disculpa, o al menos una explicación que le permitiera entender cómo tres días de vacaciones habían bastado para acabar con tres años de amor.

«Volverá —trató de animarse—. No puede irse así. Hemos pagado diez días de apartamento, aunque seamos los únicos turistas aquí. Tiene que volver.»

El estado de whatsapp de Miguel seguía sin conexión, lo que hizo que Celia se planteara la posibilidad de que hubiera desconectado el móvil antes de echarse una siesta

a media tarde. También para él debía de haber sido duro dejarla allí tirada, tras una discusión estúpida.

Podría haberlo seguido y haber subido al coche con él, pero se había convencido de que, minutos después de aquella rabieta, daría media vuelta. Como otras veces, la discusión daría paso a explicaciones entre lágrimas y a unos cuantos «lo siento» antes de hacer el amor.

Sin embargo, había pasado una noche y casi todo un día sin que él diera señales de vida. Tampoco había respondido a ninguno de sus mensajes. Aparentemente, no los leía.

«Tal vez me ha escrito un e-mail antes de desconectar el teléfono para estar tranquilo», murmuró para sí, nuevamente esperanzada.

Era la primera vez que se le ocurría aquella posibilidad. Como no tenía el correo electrónico configurado en el móvil, activó el navegador para ir a su cuenta de e-mail.

—Joder... —se le escapó al darse cuenta de que se le habían agotado los datos.

Buscó a la camarera para pedirle la clave de Internet, pero su mirada topó antes con un cartel colgado entre dos cuadros que rezaba:

NO TENEMOS WIFI.
HABLEN ENTRE USTEDES.

Teniendo en cuenta que se encontraba sola, en su vida y en aquel café sin ningún cliente, aparte de ella, aquel aviso se le antojó una broma cruel.

3. Otros fuegos

Cuando la puerta se abrió por segunda vez aquella tarde, Sarah encontró un motivo para sonreír. Jamás se lo confesaría, pero, de haber tenido veinte años menos, le habría tirado la caña a ese hombre de poblado bigote moreno y pelo ensortijado.

—¿Qué pasa aquí? ¿Se ha muerto alguien? —preguntó, socarrón, al entrar en aquel silencio sepulcral.

—No ha muerto aún, Ambrós —aclaró ella, mientras seleccionaba en su iPod un álbum de Jay-Jay Johanson en honor al recién llegado—, pero a este café le quedan tres semanas de vida.

Después de unos instantes de estupefacción, el hombre con aspecto de marino se desabrochó la parca y, tras dejarla sobre un taburete, se apostó sobre la barra para escuchar las explicaciones de su amiga.

—Como oyes... El dueño no quiere saber nada de mi propuesta para renovar el contrato de alquiler. Quiere vender la casa, y punto.

—Pues cómprala —repuso mientras Sarah le servía una copa de tinto—. Ahora los bancos vuelven a dar crédito.

—Tal vez, pero no a una mujer a las puertas de la jubilación, sin más patrimonio que las botellas de este bar. Además, ¿sabes lo que deben de pedir por esta casa en primera línea de mar? Ni con la facturación de cien veranos podría pagarla.

Un gemido entrecortado distrajo a ambos de aquella conversación. En la mesa redonda —la favorita de Ambrós—, una chica que rondaba los veinticinco años parecía sollozar mientras se cubría el rostro con las manos.

—Creo que tienes trabajo... —le dijo Sarah, al tiempo que se disponía a preparar una infusión.

Con firme serenidad, el interpelado se abrió camino entre las doce mesas del salón, repartidas un tanto anárquicamente, hasta llegar al rincón donde la pelirroja se había

desmoronado.

—¿Me da permiso para sentarme?

Celia miró incrédula a aquel hombre con jersey de cuello alto, que sostenía su copa de vino con una sonrisa afable. Finalmente replicó:

—Hay un montón de mesas libres donde sentarse.

—Cierto, pero esta es mi favorita —explicó él sin perder la calma—. Cada noche me siento aquí a charlar con Sarah y con quien se apunte después de cerrar el local.

—En ese caso... —Celia se puso de pie, sofocada, mientras se secaba las lágrimas—. Puede quedarse la mesa. De hecho, no quiero tomar nada.

—Por favor, le ruego que espere unos minutos antes de irse. Me gustaría explicarle la historia de este cuadro... —dijo, señalando el velero en llamas y los náufragos— y la de las otras pinturas de este café.

Celia dudó un instante, pero volvió a sentarse al entender que aquel tipo con acento local no era peligroso. Simplemente estaba solo, como ella, y buscaba una oreja que acogiera sus historias.

—Todas son reproducciones de William Turner. ¿Lo conoce?

Ella no dijo nada.

—Es un artista inglés del siglo XIX al que le encantaba pintar calamidades. Su padre era fabricante de pelucas y su madre se volvió loca al morir su hija pequeña. Se suicidó en el psiquiátrico y William tuvo que ser enviado a casa de su tío, cerca del Támesis. Dicen que ahí empezó a pintar.

En circunstancias normales, la esquivada Celia habría contestado: «¿Y a mí qué diablos me importa?» antes de levantarse, pero estaba demasiado hundida para sacar uno de sus golpes de genio. Y tampoco quería humillar a aquel hombre de expresión apacible.

Con un sobreesfuerzo de empatía, le preguntó:

—¿Es usted crítico de arte?

Ambrós liberó una breve carcajada antes de responder:

—Ya me gustaría... No, soy bombero de profesión. Y amigo de Sarah —dijo mirando hacia la camarera, que le devolvió la sonrisa—. Me conoce desde que yo era un niño.

—¿Es usted bombero? —preguntó Celia con súbita curiosidad.

—Lo soy. Bueno, lo era. Hace ya seis meses que estoy de baja... —Los ojos de Ambrós escrutaron las velas en llamas del cuadro, mientras seguía—: Empecé a sufrir ataques de pánico tras el incendio de una fábrica donde no pude salvar a un compañero.

Celia lo miró con un nuevo brillo que él interpretó al instante.

—Sé lo que piensas. Te han enseñado a creer que los bomberos somos muy valientes, pero tenemos miedo, como todo el mundo.

—Entonces, ¿ya no trabaja de bombero?

—Puedes tutearme. La respuesta es: sí y no.

Ella aguardó en silencio a que él mismo aclarara aquello.

—Lamentablemente, ya no salgo en el camión con mis compañeros. Esta es la razón por la que he regresado al pueblo. Pero eso no quiere decir que no siga trabajando de bombero... —Se levantó antes de concluir—. Ahora apago otros fuegos.

—¿Qué fuegos?

Ambrós retrasó su respuesta unos segundos para agregarle suspense.

—Ven esta noche, un poco antes de las doce, y lo sabrás.

4. La soledad del capitán

Sentada en el balcón de su apartamento, Celia llevaba una hora contemplando las luces lejanas en el mar, como si Miguel fuera a volver en barco.

Renunciando al poco orgullo que le quedaba, había agotado todas las vías para ponerse en contacto con él. Veinticuatro horas después de su marcha, en su móvil seguía saltando el contestador.

El wifi del apartamento le había permitido comprobar que no había recibido ningún correo de él y que tampoco mostraba actividad nueva en Facebook. Su último post seguía siendo la foto que se habían hecho los dos con el faro de Puerto Añil de fondo.

De ese instante hacía tres días, y estaban tan sonrientes que le parecía aún más impensable lo sucedido después. Definitivamente, la discusión se había salido de madre.

Todo había empezado con un desacuerdo sobre cuándo se irían a vivir juntos. Después de tres años de relación, Celia opinaba que era absurdo que él siguiera pagando un alquiler en la ciudad, cuando podían vivir juntos en el apartamento de ella. No le entraba en la cabeza que Miguel prefiriera compartir piso con un antiguo compañero de carrera antes que con su novia.

En un momento de la disputa, él se había levantado y, tras decirle: «No te aguanto más», se había largado.

Aquella no era su primera pelea, pero nunca habían estado enfadados tanto tiempo. Por eso, la ansiedad de Celia no hacía más que crecer.

Jugando su última baza, pese a ser las once de la noche llamó al teléfono fijo de Miguel. Segundos después se ponía su compañero de piso, que aseguraba no saber absolutamente nada de él.

—¿No está contigo? —preguntó pasmado, poco antes de que ella diera por terminada la conversación.

Celia empezó a temer que hubiera sufrido un accidente. Cada vez más agitada, sintió el impulso de comenzar a llamar a hospitales, pero llegó a la conclusión de que era demasiado pronto.

¿Cuánto tiempo tenía que pasar para denunciar una desaparición a la policía?
¿Cuarenta y ocho horas?

Azotada por las dudas, abrió la nevera intentando convencerse de que debía comer algo. No había probado bocado desde la noche anterior.

Los estantes llenos de provisiones para una semana en pareja la hicieron desistir. Tenía un nudo en el estómago y no paraba de llorar.

«Esta noche volverá», se repetía mientras deambulaba por el apartamento como un fantasma. «O mañana temprano, a más tardar.»

Celia se detuvo en el pasillo frente a un texto enmarcado al lado de un viejo fanal. Al accionar el interruptor, comprobó que estaba conectado a la red y funcionaba. La luz amarillenta iluminó un poema que ella leyó mientras trataba de calmar la respiración.

Lo firmaba un autor llamado Miquel-Lluís Muntané y su título era *La soledad del capitán*:

*Es amplio el cielo sobre el océano
y lo salpica un gran tropel de estrellas.
Bajo la quilla, púdica, el agua rumorea.
El capitán apaga la luz de la cabina
para que nada rompa el sortilegio.
Le embriaga sentirse como el héroe
de una novela épica y también
le abrume la conciencia de lo exiguo.
Cree que se disipan las medidas
del sueño y la vigilia, del tiempo y el espacio,
y resbala una lágrima por la barba cerrada.
Él aún no lo sabe, pero en el porvenir,
sentado junto al fuego en la casa de Ostende,
tendrá un escalofrío al recordarlo
y sabrá que vivimos para esos instantes.*

Un poco más serena, Celia volvió a salir al balcón.

Pese al tropel de estrellas que la contemplaban, sintió que un último destello de esperanza se apagaba dentro de ella.

5. Un lobo solitario que se defiende en el bosque

Faltaba media hora para que el Café Turner echara el cierre, cuando entró un hombre calvo y corpulento con un abrigo largo. Su mirada oscura exploró con ansiedad la barra desasistida.

Desde la mesa junto al velero en llamas, Sarah interrumpió su conversación con Ambrós para mirar el mostrador con fastidio.

—Ahora vuelvo —le dijo a su amigo.

Tras obtener un whisky de malta solo, el último cliente de la noche se sentó a una mesa junto a la pared y hundió la mirada en el líquido ambarino. Inmóvil, parecía resistirse a dar el primer sorbo.

—Ese tipo me suena —comentó Ambrós bajando la voz.

—¿De verdad? Pues es la primera vez que entra aquí.

—Tal vez, pero recuerdo haberlo visto aparcarse frente a la última casa antes del faro.

—Allí no vive nadie —aseveró Sarah.

—No vive nadie... casi nunca. Pero cada septiembre ese tipo pasa allí unos días, estoy seguro —dijo en un susurro—. Es la primera vez que viene en invierno.

—Te creo... Eres lo más parecido a un comisario que hay en este pueblo. Mucho tiempo es lo que tú tienes.

—Me pregunto qué habrá venido a hacer —musitó Ambrós antes de dar un sorbo a su copa de vino.

—¿Por qué no se lo preguntas, si tanto te interesa? Vamos, reconoce que te puede la curiosidad...

Por toda respuesta, él le guiñó el ojo al tiempo que se levantaba y cubría los escasos metros que lo separaban del hombre del whisky.

—Disculpe que interrumpa sus pensamientos —se presentó Ambrós—, pero le comentaba a mi amiga que creo haberlo visto por la última casa antes del faro. ¿Es usted el propietario?

—Lo soy, ¿está interesado en comprarla?

Aquella pregunta desarmó al detective aficionado, que por un instante no supo cómo seguir. Finalmente respondió:

—Mi paga no daría para comprar una casa en Puerto Añil que no sea la que heredé de mis padres, pero te invito a tomarte la copa con nosotros, si no te importa que te tutee.

El desconocido pareció sorprendido por esa propuesta, que hizo que Sarah frunciera el ceño. Ambrós estaba casi seguro de que la rechazaría, pero el otro se levantó de improviso y dijo:

—Por qué no... Toda ayuda será bienvenida, y debéis de conocer a todo el mundo aquí. Me llamo Jorge, encantado.

Tras estrecharles las manos a los dos, se sentó con su vasito de malta justo frente al cuadro de los náufragos. Sus ojos brillantes se clavaron en la pintura, como si también él viera en ella una metáfora de su alma.

—Entonces, lo de vender la casa no lo decías por decir... —intervino Ambrós para animarlo a conversar.

Jorge volvió el rostro lentamente hacia él y repuso:

—Por desgracia, no. Esa casa es lo último que me queda por vender. Si consigo un buen precio, quizá pueda saldar mis deudas y no acabaré durmiendo en un cajero.

—No exageres, hombre...

—Y todavía me quedo corto —se reafirmó con rabia—. Hace un par de años me convencieron de que invirtiera en una empresa que ha resultado ser una ruina. Lo he perdido todo y, aun así, sigo teniendo acreedores que llaman a todas horas. Si no consigo vender la propiedad de aquí a fin de año, el juez puede saldarla por cuatro chavos y me quedaré sin casa y con el grueso de las deudas.

—Yo soy del pueblo y daré voces —se ofreció Ambrós—, pero ahora relájate. Seguro que tienes gente dispuesta a ayudarte.

—Para nada... A mis cincuenta y dos años, no tengo familia. Y, en cuanto empezaron los problemas, casi todos los amigos que me adulaban desaparecieron de golpe. Quizá temían que pudiera pedirles dinero, tras toda una vida haciendo favores. —Jorge apoyó

las manos en la mesa al concluir—. Ahora soy un lobo solitario que se defiende en el bosque.

Ambrós y Sarah enmudecieron ante esa última afirmación.

—Vamos a brindar para que la fortuna cambie, Jorge —dijo ella al fin—, pero antes voy a cerrar.

El aludido hundió los hombros por toda respuesta mientras la inglesa se dirigía a la puerta.

Se disponía a bajar la persiana metálica cuando advirtió una figura desgarbada que se acercaba a la luz. Sarah reconoció a la pelirroja que había estado en el café por la tarde sin tomar nada.

Antes de invitarla a pasar, refunfuñó para sus adentros: «Esto va a ser un entierro de tercera».

6. Sálvese quien pueda

Tras recibir una copa de vino y un plato con un poco de queso, la recién llegada asistió en silencio a una animada ronda de historias vitales.

Sarah explicó que había llegado a Puerto Añil de adolescente, con sus padres, y en aquellas vacaciones había conocido a quien acabaría siendo su marido. Ya antes de ser mayor de edad se había instalado en el pueblo, que en aquel momento apenas recibía un puñado de veraneantes de la provincia.

A la muerte de su abuelo, junto con sus cuadros había recibido una modesta herencia que había invertido en alquilar y reformar la casa que acogía el Café Turner. Tras su divorcio, ella había seguido al frente del negocio, que se mantenía gracias a la temporada de verano, cuando contrataba un pinche de cocina y un camarero para servir comidas a los turistas.

En invierno, funcionaba solo como café.

—Podría cerrar perfectamente —explicó—, como hacen los demás locales de Puerto Añil. En esta época apenas quedan aquí cincuenta personas.

—¿Y por qué no lo haces? —se atrevió a preguntar Celia, que por primera vez había conseguido alejar de su mente la angustia que la devoraba.

—Mi alma pertenece a este café. Es donde viví los años más felices con mi marido y vi jugar a mis hijos, que hace mucho que viven y trabajan en la capital. A mí me gusta estar aquí. —Sus ojos brillaron de emoción por un momento—. Además, cuando esto cierre ya no quedará un solo café en Puerto Añil donde refugiarse en invierno.

—Lo de Sarah es una obra de beneficencia —añadió Ambrós—. Gasta el dinero del verano en mantener esto abierto el resto del año para servir tres cafés al día.

—¿Y tú tienes familia, marino? —le preguntó Jorge—. Perdona que sea indiscreto. Es la primera vez en meses que tomo más de un whisky.

—Descuida... Me casé muy joven, igual que Sarah, pero mi mujer murió cuando mi hija tenía un año. Desde entonces me dediqué a la niña y a mi trabajo en el cuerpo de bomberos. Cuando cumplió los dieciocho, se fue a vivir con su novio a una comuna ecologista de Estados Unidos. No quiere tener móvil, y con suerte me llama una vez al mes.

Las arrugas en la frente de Ambrós se multiplicaron, y Jorge decidió reconducir el tema hacia un hecho que le provocaba curiosidad.

—¿Eres bombero? Me cuesta imaginar un incendio en Puerto Añil.

—Cierto, aquí no hay incendios. Y si alguna vez se quema algo, seguro que del mar no pasa. —Se rio de su propio chiste malo antes de seguir—. La estación de bomberos está a veinte kilómetros de aquí y cubre una región bastante extensa, sobre todo de pinedos. En verano, cada día hay salidas. —Se interrumpió en este punto para respirar hondo—. Hace tiempo que estoy de baja y lo echo de menos. No me dejan reincorporarme hasta que el médico me retire las pastillas. Es un trabajo en el que cualquier descuido puede costarte la vida.

En este punto, los ojos pequeños y verduzcos de Sarah buscaron la mirada de la pelirroja, que seguía las conversaciones como un partido de tenis.

—Solo nos falta tu historia, preciosa. ¿Tú qué haces?

—Trabajo de diseñadora gráfica.

—¿Y has venido sola de vacaciones, en pleno invierno?

—Bueno... —repuso, cohibida—. Mi novio cambió de trabajo hace seis meses y no le tocaban vacaciones hasta diciembre. Siempre habíamos soñado con pasar unas vacaciones aquí... y los apartamentos cuestan la quinta parte que en verano.

—Por supuesto —intervino Ambrós—, puesto que no hay un solo turista. ¿Y dónde está el afortunado?

Celia tragó saliva antes de decir:

—Se ha ido.

En el Café Turner se hizo un silencio significativo. Por un instante, las miradas de los cuatro convergieron en el cuadro que, como un oráculo amenazador, parecía gritar: «Sálvese quien pueda».

7. El mar del ocaso

La luz dorada del atardecer hacía parecer a Jorge una estatua sin vida. Sentado en un sillón Roche Bobois comprado en los buenos tiempos, encendió la lámpara para olvidarse por un momento de aquel mar que lo tenía hipnotizado desde hacía horas.

Antes de retomar la lectura, levantó de la mesita de cristal un álbum de fotos. Contenía las últimas fotos que había hecho en papel. Luego enterraría los instantes de su vida en la memoria de móviles y ordenadores.

Había instantáneas de la construcción del chalet, que había acometido tras adquirir el último terreno disponible en aquella parte de la costa. Ordenadas por veranos, el resto de las fotografías recogían cenas y fiestas con amigos allí.

Mientras iba pasando las hojas, se dio cuenta con estupor de que la mayoría de aquellas personas se habían esfumado. Aquella propiedad contaba con una habitación en la planta baja y tres en el primer piso para acoger a las amistades y los socios que quisieran pasar unos días de vacaciones al final del verano.

En «la casa del faro», como era conocido su refugio, se habían celebrado cumpleaños, despedido a solteros y cerrado negocios, incluyendo la inversión fatal que había acabado drenando todos sus recursos como un agujero negro.

Antes de cerrar el álbum, se detuvo a mirar un retrato suyo junto a un joven empresario que había conocido, poco antes de su ocaso financiero, en unos cursos de marketing digital. Después de su hundimiento, aquel hombre de mirada clara era tal vez el único que podía considerar su amigo.

Al conocer que había sido estafado por una sociedad fantasma con sede en Londres, había acudido a su apartamento y le había entregado tres cosas: el ensayo que estaba leyendo en aquel momento, la tarjeta de su abogado y un cheque de tres mil euros.

Jorge se había quedado con el libro y la tarjeta, pero había roto el cheque en cuatro trozos delante de su amigo. Luego los había guardado en el bolsillo de la camisa y lo

había abrazado, tratando de contener las lágrimas.

Desde entonces, aquellos cuatro pedazos de papel que llevaba siempre consigo eran su reserva de esperanza y su brújula en medio de la tormenta.

Había acudido a aquel abogado para tratar de recuperar el dinero perdido, pero el proceso podía durar años. Y su estado de cuentas se encontraba en números rojos, con varias demandas por impago tras la fuga del socio constructor que, al incumplir su compromiso, lo había cargado con un muerto que amenazaba con arrasar lo que quedaba de su vida.

Para apaciguar la rabia que volvía a adueñarse de él, Jorge se levantó y se dirigió con desánimo hacia la cristalera de un salón que pronto dejaría de ser suyo.

Mientras registraba la tenue y oscura vibración de las olas, se preguntó cómo habría sido su vida si alguna de sus relaciones hubiera durado lo suficiente para formar una familia. ¿Habría cometido los mismos errores, de tener mujer e hijos?

No tenía respuesta para eso, pero intuía que una pasión verdadera lo habría salvado de firmar contratos y más contratos, en una existencia frenética que lo había llevado al desastre.

Un hombre que hace del trabajo el centro de su vida está indudablemente enfermo, eso lo había descubierto demasiado tarde.

Mientras pensaba en todo eso, la bola rojiza del sol empezó a caer sobre aquel mar denso y gris en el que también él deseaba desaparecer.

8. El último faro

Celia leyó por segunda vez aquel poema melancólico que colgaba en el pasillo del apartamento.

Había consumido otro día paseando por el pueblo desierto, intentando dormir la siesta, analizando frase por frase su última conversación con Miguel. Cuarenta y ocho horas después, seguía sin tener noticias de él. Decidió que era suficiente para empezar a preocuparse de verdad.

Al levantar el móvil para llamar a la policía, no pudo evitar mirar por enésima vez su estado de whatsapp.

En línea

Una mezcla de alivio y nerviosismo la sacudió mientras se apresuraba a escribirle:

Miguel, ¿estás ahí?

21:10

Dime algo, por favor.

¡No me hagas esto!

21:12

Si fui demasiado tozuda con el tema de vivir juntos, te pido disculpas, si quieres.

Ahora mismo solo necesito saber que estás bien.

21:15

La parte superior de la pantalla mostró entonces que el interlocutor de Celia se había desconectado.

Ella miró, incrédula, el estado de whatsapp de Miguel. Luego arrojó el móvil contra el sofá y salió del apartamento sin la menor idea de lo que iba a hacer.

El sol parecía flotar sobre el horizonte marino cuando Celia pasó junto a la última casa de Puerto Añil, que mostraba luz en la ventana. Sobre la puerta de madera azul había un número de teléfono y dos palabras: EN VENTA.

Sin duda, aquel era el chalet de Jorge, pensó, el hombre oscuro con quien había compartido mesa la noche anterior. Apenas había contado nada de su vida, a diferencia de Sarah y Ambrós, pero su mirada lo había dicho todo: estaba roto por dentro.

Igual que ella.

Siguió caminando en dirección al faro, que se erigía sobre un acantilado. En la guía de viajes había leído que era la última referencia para los navegantes en todo aquel litoral. Por eso su luz no dejaba de brillar una sola noche.

El último tramo era un brumoso sendero de piedrecitas azotado por el viento. Los cabellos rojos de Celia se levantaban mientras su rostro se iba impregnando de sal.

Caminó ensimismada hasta llegar a la base donde en otro tiempo había vivido un farero. En medio de la niebla, la luz de la torre resplandecía en lo alto como una señal de otro mundo. Bajo sus pies, un desnivel de medio centenar de metros procuraría una muerte segura a quien diera un paso en el vacío.

Celia miró las olas que rompían contra las rocas y, por un momento, sintió la atracción del vértigo. Nunca hasta entonces había sentido que era tan fácil desaparecer.

Una mano en el hombro la sobresaltó, a la vez que la apartaba de aquellos pensamientos.

—Siento haberte asustado.

No necesitó darse la vuelta para saber quién era. Había reconocido la voz serena de Ambrós, que, enfundado en su parca, acababa de ejercer de bombero de otros fuegos.

9. Un rayo verde

Tras sentarse al borde del acantilado, Celia y Ambrós permanecieron en silencio mientras el sol se iba zambullendo en el espeso mar hasta desaparecer.

Ella suspiró. Pese a estar en aquel lugar solitario, junto a alguien que pocos días antes no conocía, se sentía extrañamente tranquila. Un radar interior le decía que aquel hombre que ahora exploraba el horizonte con unos prismáticos sería incapaz de hacerle daño.

Tal vez por eso, dejando a un lado su carácter reservado, se atrevió a preguntarle:

—El sol ya se ha ido. ¿Qué intentas ver con eso? ¿Alguna barca de pesca?

—Hace años que aquí se acabó la pesca.

—¿Qué buscas, entonces?

Ambrós apartó los prismáticos y sonrió bajo el mostacho bien recortado.

—Un rayo verde.

—¿Cómo?

—Se habla de él en una novela de Julio Verne. Cuando el cielo está muy despejado, a veces puede verse tras la puesta de sol o poco antes del amanecer. Al parecer, es una franja de un tono único. Verne decía que ningún artista podrá pintarlo jamás. Ni siquiera se encuentra en la vegetación, porque es el auténtico verde de la esperanza. Algo así como... —Ambrós la observó de reojo— un poema de una línea que se apoya en el mar.

—Vaya. Lo que acabas de decir es muy bonito.

Ambrós retomó los binoculares mientras el cielo iba oscureciendo sin que apareciera aquel prodigio. En lugar de eso, la primera estrella se hizo visible como un lejano faro.

Celia se domaba con los dedos su melena despeinada por el viento, cuando de repente dijo:

—Hablando de poemas... en mi apartamento hay uno enmarcado que habla de la soledad de un capitán bajo las estrellas. Es de un tal Miquel...

—Miquel-Lluís Muntané.

—Exacto. ¿Es alguien del pueblo?

—No, pero viene a menudo por aquí. La propietaria de los apartamentos es amiga suya, igual que Sarah, así que seguramente él mismo se lo regaló enmarcado. ¿Te gustaría conocerlo?

—¿Al poeta? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí, puedo decirle a Sarah que lo llame para organizar una velada poética para nosotros. Si no tiene ningún compromiso, quizás en un par de días lo tenemos aquí. Vive en un pueblo cercano, tierra adentro.

Celia no supo qué responder. Empezaba a pensar que la desaparición de Miguel no era el único hecho insólito desde su llegada a Puerto Añil. También lo era la extraña familiaridad con la que la trataban aquel hombre, Sarah e incluso el empresario arruinado, que la víspera la había acompañado hasta su apartamento sin hacerle una sola insinuación.

Sus últimas palabras habían sido: «Nos vemos mañana por la noche en el café».

La voz tranquila de Ambrós la sacó de aquellas cavilaciones.

—¿En qué piensas?

—Esa es una pregunta bastante indiscreta —dijo ella para fastidiar.

—Yo soy indiscreto por naturaleza —murmuró sin molestarse—. Como ahora mismo tengo todo el tiempo del mundo, si me abren la puerta puedo meterme hasta la cocina. Pero sin mala intención.

—Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo? Acabamos de conocernos.

Los ojos claros y acuosos de ella se encontraron con la mirada protectora de Ambrós. Su hija tendría apenas seis o siete años menos que ella, pensó Celia. Quizá por eso la contemplaba como una chiquilla.

—Ahora voy a ser yo la indiscreta —dijo de repente, con ganas de chincharlo—. ¿Puedo hacerte una pregunta muy personal?

—La que quieras —repuso dejando los prismáticos sobre su regazo.

—Ayer dijiste que tu esposa murió hace mucho tiempo y que desde entonces has preferido estar solo.

—Correcto.

—Ya no ves a tu hija porque ha ingresado en una secta a miles de kilómetros de aquí... Y no puedes trabajar porque te estás medicando. ¿Qué te queda, entonces?

—No entiendo tu pregunta —respondió él sin perder de vista el horizonte.

—La entiendes perfectamente —contraatacó, insidiosa—. Si no tienes amor, ni familia a la que recurrir, ni puedes trabajar en lo que te gusta... ¿Por qué sigues viviendo?

Ambrós meditó un instante antes de responder:

—Por la misma razón que vengo aquí cada atardecer. Aún espero un rayo verde en mi vida.

10. El pintor de catástrofes

Cuando Jorge entró en el café, la dueña mantenía una airada conversación telefónica. Por las palabras cazadas al vuelo entendió que discutía con el propietario del inmueble, que se mantenía inflexible en su postura. El 22 de diciembre tenía que entregar las llaves, y si para entonces no había vaciado el local, procedería a demandarla.

Antes de alejarse discretamente de la barra, dejó sobre ella lo que había comprado en un hipermercado de la carretera para la tertulia nocturna: una bandeja de embutidos, queso, membrillo y pan fresco.

Al comprobar la hora en su móvil —faltaban veinte minutos para cerrar—, se dio cuenta de que aquella fecha límite era dentro de dos semanas. Lo que quedaba en él de empresario llamó a las puertas de su mente: «Puesto que van a demoler esto, debería poner en venta de inmediato todo lo que compone el café. Además del género que pueda quedar, podría sacar un buen dinero por la cafetera, las neveras y la maquinaria de la cocina».

Se disponía a hablar con Sarah cuando se dio cuenta de que ya no estaba tras la barra. Tampoco las bolsas de la comida seguían allí, por lo que imaginó que se encontraba en la cocina.

Decidió esperarla deambulando por el café, vacío a aquella hora de la noche.

Junto a otros dos cuadros de hundimientos y naufragios, tanto o más dramáticos que el de la mesa redonda, se fijó en una pintura del Vesubio en plena erupción y en otra que mostraba un gran incendio en las Casas del Parlamento.

Aquella imagen dantesca de la capital británica despertó en él un fuego que había intentado sofocar desde su caída en desgracia. En algún lugar de Londres se hallaba el hombre que lo había llevado a la ruina. Aunque había desaparecido de su domicilio social sin dejar rastro, estaba seguro de que seguía cavando fosas desde aquella ciudad.

Jorge apretó la mandíbula mientras trataba de congelar su rabia ante otra pintura siniestra: una avalancha sorprendía a unos caminantes en plena noche.

La voz cansada de la inglesa lo arrancó de aquella escena que había capturado su alma.

—Gracias.

—¿Cómo?

—Gracias por la comida —precisó Sarah.

—No quiero sentirme como un cliente que no paga —repuso él antes de decir—: Por cierto, ¿por qué solo tienes cuadros de calamidades? Tener expuestos todos esos desastres no puede traer nada bueno.

Sarah se sentó junto al cuadro de la avalancha y sonrió divertida. Jorge tomó asiento frente a ella, mientras la observaba con curiosidad.

—Esas calamidades son mi herencia. Mi abuelo sobrevivió a mis padres y me dejó estos siete cuadros junto con un poco de dinero.

—¿Los pintó él?

—¡Ya le habría gustado! Tienen casi dos siglos. Son copias de William Turner hechas en su misma época por un alumno suyo.

—¿Y cómo llegaron a manos de tu abuelo?

—Ese alumno era su propio bisabuelo, que luego se hizo reverendo, pero conservó toda su vida sus pinturas de juventud. En sus últimos años, recordaba con gran viveza sus conversaciones con Turner y las compartía con mi abuelo, que a su vez me las contó a mí. —Los pequeños ojos de Sarah brillaron con orgullo—. Cada vez que veo estos cuadros, viajo hacia aquel mundo de ayer que conocí cuando era una niña soñadora.

En medio de esta evocación, la puerta de cristal se abrió, apareciendo Ambrós con una botella de vino. Iba acompañado de la pelirroja, que parecía más delgada y pálida cada día.

—Bienvenida, Celia —la saludó la inglesa, tras ponerse de pie—. Id a la mesa mientras voy cerrando.

—Me he quedado con ganas de saber anécdotas del pintor de catástrofes —protestó Jorge mientras miraba al bombero.

—Tranquilo, amigo. Tendrás tiempo de sobra para saberlas.

—No tanto tiempo...

11. Dar y recibir

En contraste con el misterioso silencio de su llegada, aquella noche Jorge se mostraba notablemente locuaz. Explicó que había estado leyendo un ensayo que le había regalado su joven amigo: *Dar y recibir*.

—Divide a las personas con las que interactuamos en cuatro categorías: «donantes», «receptores», «equilibradores» y «falsos donantes». Entre los primeros, a su vez, hay dos subclases muy distintas.

—Para el carro —dijo Ambrós—, que no estoy entendiendo nada.

—Enseguida lo entenderás. Los receptores, como indica su nombre, son aquellas personas que reciben, reciben y reciben... y pocas veces sueltan nada. Acaban vaciando a los donantes.

Una ojerosa Celia se esforzó en comer una tostada con embutido mientras Sarah le llenaba la copa de vino.

—Los equilibradores —continuó Jorge— son los que buscan siempre un equilibrio entre lo que dan y lo que reciben, y miden a cada persona según eso. Luego están los falsos donantes, que son más peligrosos que los receptores, ya que fingen ser generosos cuando, de hecho, te dan uno pero te quitan diez.

—Conozco a unos cuantos de esos, pero no están en esta sala —bromeó Sarah—, aunque vengáis cada noche a beber de gorra.

—Disculpe, Madame —intervino Ambrós—, que el vino que estás tomando lo he traído yo. Por cierto, ¿quién es el autor de ese libro, amigo?

—Es un profesor norteamericano llamado Adam Grant. Su ensayo empieza con un estudio sorprendente: unos sociólogos descubrieron que los donantes están en la parte más baja del escalafón en todas las profesiones. Justamente porque lo dan todo, son los que menos dinero tienen y los que ocupan puestos de menos responsabilidad.

—¿Y eso os sorprende? —apuntó Sarah—. Los pringados siempre acaban en la cola de todo.

—Espera, que no he acabado con el estudio. Si vamos a lo alto de la pirámide... ¿quién diríais que estaba en lo más alto del escalafón del éxito?

—Los receptores —intervino Celia, conteniendo un bostezo.

Jorge negó con la cabeza.

—Entonces, los equilibradores —propuso Ambrós.

—Tampoco. Receptores y equilibradores ocupan la parte media de la tabla. Ahí viene lo asombroso: en lo más alto están nuevamente los donantes. Pero no son los mismos de abajo. Por eso os decía que hay dos clases de donantes. —Jorge se aclaró la voz con un trago de vino antes de seguir—. Los primeros son los que tienen criterio. Saben cuándo dar, a quién, cómo, por qué y a cambio de qué. Los *cracks* de los negocios pertenecen a esta categoría. Dan mucho, pero obtienen más beneficios y prestigio social.

—¿Y la otra clase de donantes? —preguntó Ambrós.

—Es aquella gente que da al por mayor, a todo el mundo y sin criterio. Su entorno se acostumbra tanto a que den que dejan de valorar cualquier cosa que hagan. Reciben el nombre de «felpudos» porque, por mucho que den, al final todo el mundo los pisa. Yo pertenezco a esa última categoría, y así me ha ido.

Tras esa aseveración, se hizo un significativo silencio.

—Tal vez simplemente eres una buena persona —intervino Ambrós poniéndole una mano en el hombro—. Deberías sentirte orgulloso de eso. Has elegido mal tus socios, y punto.

—Creo que yo soy otro felpudo —habló Celia, para sorpresa de todos—. Me dicen que en la intimidad tengo mal genio, pero siempre he entregado todo lo que tengo a las personas que quería. Y ahora estoy sola.

—Por poco tiempo, cielo —la consoló Sarah—, aunque en este momento creas que caminas por un desierto sin fin.

Sofocada, para no seguir con la cuestión, la pelirroja miró a Jorge y preguntó:

—¿Y cómo se hace para dejar de ser un felpudo?

—Primero, detectando a los receptores para apartarte de ellos poco a poco. Luego, hay que hacer un cambio que será fácil: no dar sin que te pidan, como hacen todos los felpudos. Empieza ayudando solo a quien te lo pida expresamente. Con eso eliminas ya un noventa por ciento de las donaciones, porque la mayoría de la gente es vergonzosa

para pedir, gracias a Dios. Con el diez por ciento restante se trata de ganar criterio y tomar buenas decisiones.

—Seguro que las cosas te irán bien a partir de ahora, Jorge —dijo el bombero—. La teórica ya la tienes aprobada.

—Eso sí, pero mi terapeuta me dijo que para cambiar tengo que superar una vieja adicción.

Sarah se sirvió un pedazo de queso con membrillo mientras observaba al empresario arruinado cada vez con más interés. La tarde que había entrado en el café le había parecido un hombre oscuro y algo inquietante. Él mismo se había definido como «un lobo solitario que se defiende en el bosque». Sin embargo, bajo aquel caparazón de dureza empezaba a intuir un hombre complejo y vulnerable.

—Me dijo que, entre adultos, para que se pueda producir un abuso constante se tienen que encontrar dos enfermos —continuó Jorge—. Normalmente, el adicto a pedir y el adicto a dar. Uno no puede existir sin el otro. Se necesitan.

—¿Y de dónde viene la adicción a dar? —preguntó Celia.

—Según mi terapeuta, el origen está en una falta de amor en la infancia. Si has recibido poca atención de tu padre o de tu madre cuando eras niño, de adulto buscarás el amor en todo el mundo, e intentarás comprarlo a través de una entrega que te convertirá en un verdadero felpudo.

12. Cuando soplan los vientos del cambio

A las tres de la madrugada, Celia subió a su apartamento con el rumor de las conversaciones aún en su cabeza. Aquellos improvisados tertulianos, en una aldea donde nadie parecía tener nada que hacer, habían conseguido alejarla varias horas de su drama personal.

«Que vuelva a estar en línea por whatsapp no significa que Miguel se encuentre bien», pensó, angustiada. «De lo contrario, me habría contestado. Ni siquiera tengo la seguridad de que esté vivo. Quizás alguien ha robado su móvil o lo ha encontrado y él...»

Se obligó a apartar de su mente aquellos pensamientos funestos, a la vez que comprobaba el correo electrónico. Le había escrito ya tres mensajes que no habían obtenido respuesta.

Nada de él.

Tampoco tenía ninguna llamada perdida en su móvil.

Impulsada por una inercia que rozaba lo enfermizo, volvió a entrar en su muro de Facebook, que no se había actualizado desde aquella instantánea de la pareja en el faro.

Hasta aquella madrugada.

Celia comprobó asombrada que Miguel había cambiado la foto de cabecera. Las pirámides de Teotihuacán, donde habían estado en su primer viaje juntos, habían sido sustituidas por una playa desierta.

Sin duda, no era la fría costa de Puerto Añil en invierno. Por la tupida vegetación y el color de las aguas, parecía algún lugar del Caribe.

También su foto de perfil había cambiado. Donde había estado la cara sonriente de Miguel con unas manos —las suyas— que lo abrazaban desde atrás ahora había dos palmeras lejanas que, brotando de un mismo punto, se inclinaban por la brisa del mar.

Aquel último post juntos en el faro había desaparecido para dejar paso a una cita que acabó de noquearla.

«Cuando soplan los vientos del cambio,
algunos levantan muros
y otros construyen molinos de viento.»

PROVERBIO CHINO

Celia tragó saliva al fijarse en un detalle del muro de Facebook que le había pasado por alto. En la parte superior derecha, su estado «En una relación» había cambiado por «Soltero».

Azotada por lo que revelaba la red social, necesitó varios minutos para darse cuenta de lo que estaba sucediendo y respirar con cierta normalidad. Solo entonces sintió que el coraje la levantaba y, antes de dejarla caer a unas profundidades desconocidas, le permitió liberar la rabia.

Por su estado de whatsapp, vio que Miguel se había conectado por última vez ocho horas atrás. Haciendo un cálculo mental, llegó a la conclusión de que podía estar en aquel Caribe que ahora exhibía en la red social.

Eres un puto cobarde.
03:58

Se aseguró de que el mensaje se enviaba correctamente. Luego se derrumbó.

13. El Sol es Dios

Mientras esperaba la improbable llamada de algún comprador que quisiera ver la casa, Jorge se había acostumbrado a pasar las tardes en el Café Turner. Se sentaba a la mesa redonda y, tras pedir una infusión de rooibos, se entregaba a la lectura como si estuviera en el salón de su casa. Cuando hacía alguna pausa, sus ojos negros como el carbón se fijaban en la escena del naufragio.

—¿Nunca te cansas de mirarla? —le preguntó Sarah, apostada tras la barra—. Podrías ir cambiando de lugar para estudiar las otras pinturas.

—La que más me gusta es esta, aunque no podría decirte por qué.

—Es también mi favorita, por eso la colgué en el mejor rincón.

Para confirmar su devoción por los náufragos que huían del velero en llamas, Jorge levantó su móvil y tomó una foto de aquella escena. Luego se giró hacia la dueña y dijo:

—¿No será que nosotros cuatro somos como esos desgraciados? Lo que era nuestra vida ha ardido y ahora solo queda luchar por no hundirse del todo.

—Yo he sido feliz hasta ahora —se defendió Sarah, sin darse cuenta de que aquellas dos últimas palabras significaban que también su mundo estaba a punto de ser arrasado—. No necesito más. Saludar a conocidos y conocer a nuevos clientes cada verano. Desear la llegada del frío y la melancolía. Luego cansarme de los meses de soledad y desear el regreso de las familias. Echar de menos incluso los gritos de los niños...

El sonido estridente del teléfono fijo interrumpió la evocación de aquella mujer que tendía a ser brusca y a la vez maternal.

Por la tensión con la que se dirigía al aparato y lo descolgaba, Jorge intuyó que esperaba la llamada del administrador de la finca. Un suspiro de alivio de la inglesa le dijo que se trataba de otra persona.

—Gracias, Miquel —dijo—. Ya sabes que no podremos pagarte. Puerto Añil está casi desierto. Solo quedamos cuatro gatos. —Sarah rio ante alguna ocurrencia de su

interlocutor antes de terminar—. Eso sí, ¡siempre! La bodega aún está bien surtida.

Tras colgar, se dirigió a su nuevo amigo de invierno y le dijo:

—El poeta. Dice que mañana viernes vendrá a hacer una lectura con un amigo de letras. ¡Solo para nosotros!

Jorge la miró sin entender a qué se refería. Luego sus ojos se dirigieron al cuadro del Vesubio y le pidió:

—Cuéntame cosas de ese Turner que conoció tu antepasado... ¿Por qué pintaba temas tan siniestros?

—Bueno, aparte de tener una infancia muy desgraciada, cada uno de esos desastres era para él una metáfora de la vida.

—A fe de Dios que lo es... Vivir es una actividad de riesgo.

—Aunque, a diferencia de otros artistas que se pudrían en la pobreza —siguió Sarah—, Turner acabó siendo muy famoso en vida. Mi abuelo decía que siempre tenía al menos cincuenta encargos pendientes de terminar. No siempre cumplía, porque era un viajero a la caza de paisajes dramáticos. Al morir, en 1851, había vendido más de dos mil obras.

—O sea que estaba forrado...

—Sí, pero al mismo tiempo parecía no importarle el dinero. Aunque muchos de sus cuadros son oscuros, él estaba fascinado por la luz. —Sarah suspiró mientras sus pequeños ojos escrutaban la última claridad de la tarde—. Cuentan que a veces se quedaba paralizado ante la ventana de su taller y exclamaba: «¡El Sol es Dios!».

—Hay algo muy místico en esas pinturas, aunque sean reproducciones —reconoció Jorge antes de apurar su taza—. Y es una pena que este lugar tenga que desaparecer.

—A todos nos da pena desaparecer —dijo Sarah, resignada, mientras se servía el primer vino de la jornada.

—Pues a mí no.

—¿Lo dices de veras?

Jorge asintió antes de concluir:

—No recuerdo quién lo dijo... Creo que Mae West, la actriz norteamericana: «Solo se vive una vez, pero, si lo haces bien, con una vez es suficiente».

14. Los tres círculos

Hacía horas que la noche había caído sobre la casa más vieja de Puerto Añil. Era la única que quedaba del asentamiento de pescadores original, y sus paredes habían superado siglos de embates de viento salado, tormentas e incluso algún pequeño terremoto.

A Ambrós le decían a menudo que era irónico que un bombero, aunque ya no estuviera de servicio, viviera en la última casa de madera del pueblo.

Siguiendo un ritual repetido desde que su hija dejó el segundo gran vacío de su vida, encendió el brasero mientras se sentaba en el sillón que había sido de su padre. Tras una cena ligera, se entregaba a un poco de lectura antes de la tertulia en el café.

En aquella casa había menos de veinte libros, y los había releído todos varias veces. Y no porque Ambrós pensara que no había otras maravillas en el universo literario. Simplemente le gustaba volver a ellos.

«La felicidad es el deseo de repetir», había dicho Milan Kundera.

Allí sentado, se daba cuenta de que su vida entera había constado de rituales revividos una y otra vez. Primero con su mujer. Luego con su hija. Ahora solo, como la relectura que separaba la cena frugal de las conversaciones nocturnas que alimentaban su alma.

Aquella noche, su fragmento favorito de *El libro de los abrazos*, que había aprendido de memoria, lo llevó de regreso a otra velada, acaecida un cuarto de siglo atrás.

Ese verano, él tenía solo dieciséis años y había conseguido una cita a solas con Vicky, la chica que amaba secretamente desde niño. Aprovechando que los padres de ambos trabajaban hasta tarde en la hostelería, Ambrós la había invitado a escuchar discos en aquella misma casa donde ahora despertaba el recuerdo.

Estaba tan asustado con la visita que había preparado un arsenal de anécdotas para impresionarla, además de varios discos que había encontrado en una maleta de su padre.

Además de tener fama de arisca, Vicky era la lumbrera de Puerto Añil. A sus diecisiete años era la única que hablaba tres idiomas con fluidez sin haber viajado nunca

al extranjero. Había aprendido por sí misma con libros Assimil y cintas de casete que escuchaba una y otra vez en la oscuridad de su habitación, incluso mientras dormía.

Desde que tenía uso de razón, Ambrós había amado a aquella vecina con gafas y mirada desafiante que se reía de la simpleza de los chicos del pueblo. Por eso, jamás imaginó que aceptaría una cita a solas con él, que era un año menor y ya había abandonado el bachillerato.

Eran las diez de la noche cuando le había abierto la puerta. Vicky vestía una de sus habituales camisetas anchas y unos tejanos gastados. El pelo recogido en una coleta mostraba una frente despejada sobre su mirada inquisidora.

Saltándose los besos en la mejilla de saludo, entró en el salón iluminado por velas y preguntó:

—¿Qué es eso que suena?

Ambrós gritó interiormente: «¡Hurra!». Aquel era uno de los temas que se había preparado para impresionar a quien acabaría siendo su esposa y la madre de su hija.

—Fue el último disco que grabó Jacques Brel antes de morir. Llevaba cuatro años viviendo en la Polinesia como un salvaje. La canción que suena ahora, *Les Marquises*, es la última del disco, y solo pudo grabarla una vez, porque murió poco después. Lo enterraron al lado de Gauguin, el pintor que había vivido en la misma isla.

—¿Te has estudiado la enciclopedia? —le preguntó ella con sorna.

Tras aquel KO anímico, Vicky se descalzó y fue hasta el sofá del salón. Allí se tendió con una comodidad lánguida, como si hubiera estado allí mil veces, y le preguntó:

—¿Tienes algo para beber?

—Sí. En la nevera hay Coca-Cola y algún refresco de...

—Eso es *bullshit* —lo interrumpió—. Me refiero a algo que emborrache. ¿O no bebía y fumaba como un cabrón ese Jacques Brel? Y dale la vuelta al disco, quiero oírlo desde el principio.

Aquella rudeza acabó de convencer a Ambrós de que se hallaba ante una mujer adorable.

Del disco póstumo de Brel pasaron a hablar de las serendipias, de la intuición de los gatos, del rayo verde y de otros temas que el anfitrión iba colando en la conversación como quien no quiere la cosa.

Sin abandonar aquella posición desmayada que hacía temblar a Ambrós, sentado justo delante, ella le dijo de repente:

—Tú tienes muchos amigos, ¿verdad? ¿Cuántos son?

—Pues no sabría decirte... —repuso, descolocado—. Nunca los he contado. Quizá diez o doce.

—Doce... —repitió asombrada mientras bebía un vasito de vodka a palo seco—. ¿Y cuántos son de primer círculo?

—¿Cómo? No te entiendo.

Vicky lo censuró con una mueca, como si fuera imperdonable no saber aquello. Luego le explicó:

—Los amigos de tercer círculo son aquellos con los que, como mucho, irías al cine o a un partido de fútbol, si eres de esos.

—O sea, a lugares donde no es imprescindible hablar.

—Exacto. Los de tercer círculo están ahí solo para hacer bulto. Básicamente sirven para mostrar a los demás que estás acompañado. Los amigos de segundo círculo ya tienen que interactuar bien contigo.

Ambrós la interrogó con la mirada esperando que siguiera.

—Eso implica gustos parecidos, ser capaces de escucharse, tener confianza y esa clase de cosas... Con ellos siempre te sientes cómodo, da igual adónde vayas.

—¿Y los de primer círculo? —preguntó él, intrigado.

—De esos... si tienes uno ya te puedes dar con un canto en los dientes. Solo merece esta categoría aquel amigo que te ayudaría a enterrar un cadáver.

Dicho esto, ella hizo algo inesperado que asustó a Ambrós. Estiró el brazo para apagar la lamparita que iluminaba en solitario el salón, que quedó en sombras, con la luna como única lumbré.

Los grandes ojos de ella brillaban en la penumbra, escrutándole con una expresión que él nunca había visto.

Reuniendo el valor que no tenía, Ambrós se dijo que era el momento. Se inclinó lentamente sobre ella hasta besarla en los labios.

—¿Qué haces? —replicó.

—Besarte —titubeó, sofocado—. ¿No te gusta?

—Puedes hacerlo. No me importa.

—¿Qué quieres decir?

Ambrós se había quedado petrificado, a escasos centímetros de ella.

—Puedes besarme, pero esto no debería estar pasando.

—¿Qué quieres decir?

—No te conozco de nada. Ni siquiera iría contigo al fútbol.

Profundamente dolido, él contraatacó:

—Entonces debo de pertenecer a un cuarto círculo.

—No existe nada así.

—¿Qué somos, entonces?

Los ojos de Vicky, que no hacía ademán alguno de moverse del sofá, parecían disfrutar de la escena.

—Vecinos. Eso es lo que somos.

Poseído por una súbita determinación, Ambrós se vengó besándola una segunda vez. Y luego una tercera. Como un ser sin voluntad, ella no respondía a aquellos besos. Simplemente se limitaba a no apartar los labios.

Lleno de confusión, finalmente se dio por vencido y dijo:

—Creo que es tarde ya.

Vicky se levantó con indolencia, estirando la espalda como un gato. Luego se dirigió a la puerta en silencio, con una calma que aún inquietó más a Ambrós, que la detuvo en la puerta y le preguntó:

—Me gustaría saber qué piensas de lo que ha sucedido esta noche.

Ella se quedó un rato pensativa y finalmente dijo:

—¿Puedo responderte a eso mañana?

—Claro...

Ambrós no logró pegar ojo en toda la noche.

Pasó la mañana impaciente, vigilando el teléfono por si ella llamaba.

Sin embargo, la respuesta le llegaría en el buzón de su casa. Cuando su madre regresó de la compra al mediodía, le tendió un sobre azul cielo en el que estaba escrito su nombre.

No llevaba sello, por lo que le fue fácil imaginar quién era el remitente. Tras abrir el sobre con manos temblorosas, encontró en su interior una lista de cosas bajo el encabezamiento «AYER ME ENCANTÓ...».

Vicky citaba el disco de Brel, las serendipias, el vodka, el sofá y hasta quince cosas más que ella recordaba de la velada.

La lista no decía nada de los besos.

Ambrós se metió en la cama con un profundo sentimiento de fracaso. Mientras hundía la cabeza bajo la almohada, tratando de olvidarse de sí mismo, no sospechaba que la autora de aquella lista acabaría siendo su novia y finalmente su mujer.

15. Lo que salvarías del fuego

Al llamar al timbre del apartamento de Celia, Ambrós se dijo que la pelirroja tenía algo de gata arisca, como Vicky. Consultó su reloj y vio que faltaban unos minutos para la medianoche. Volvió a pulsar el botón brevemente, para no despertarla si había decidido meterse en la cama.

Tras esperar un minuto en vano, se encaminó bajo la noche estrellada hacia el caserón que cobijaba el Café Turner. Era el segundo edificio más antiguo de Puerto Añil después del suyo.

La claridad anaranjada en la ventana le pareció un faro en la noche fría y húmeda. Se fijó en las dos siluetas que se adivinaban al fondo del local. Sarah y Jorge ya estaban allí y parecían charlar animadamente.

Empujó la puerta con suavidad y preguntó a la dueña:

—¿Bajo ya la persiana?

—Sí, por favor. Necesitamos un bombero.

Una vez clausurado el café, Ambrós ocupó su lugar en la mesa redonda mientras se mesaba el mostacho.

—Yo no veo fuego por aquí —bromeó.

—Imagínate que lo hay —le dijo Jorge, con expresión muy seria—. Antes estábamos hablando de una reflexión de Nabokov, creo. Dice algo así: «Felicitaría a una persona que entrara en un edificio en llamas y rescatara a un niño, pero aún más a quien, hecho esto, volviera a entrar para salvar su osito de peluche».

Ambrós bebió un poco de vino y, tras pensarlo un instante, comentó:

—¿El osito equivaldría a salvar la inocencia?

—Puede ser. Como el Rosebud de *Ciudadano Kane*. Hay objetos que son algo más que cosas: tienen el poder de despertar valores que creemos haber perdido.

—Hablando de perdidos... —interrumpió Sarah mirando a su amigo—. ¿Dónde está tu chica?

—¿Mi chica? —repitió Ambrós—. ¿A quién te refieres?

—No te hagas el loco. Me he dado cuenta de cómo te mira.

—Bobadas... Casi podría ser mi hija. Además, ya sabes que yo...

—Por favor, no nos desviemos del tema —retomó Jorge, que lucía un jersey de color claro—. Estábamos con lo del fuego y la frase de Nabokov.

—Cierto —dijo Ambrós, aliviado—. ¿Adónde quieres ir a parar, amigo?

—Imagina que tu vida es un edificio en el que se declara un incendio. Ya no queda nadie dentro. Solo aquello que ha dado sentido a tus días. ¿Qué salvarías del fuego?

Ambrós asintió en silencio y esbozó una sonrisa melancólica mientras se metía la mano en el bolsillo. Sacó de él un trozo de tela de hilo blanco, perfectamente planchado y doblado.

—Era el pañuelo de mecánico de mi padre —explicó visiblemente emocionado—. Cuando murió de un ataque al corazón, yo aún no me había casado. Mi madre me preguntó si quería conservar algo de él y pedí solo esto. Para mí significa el esfuerzo, todo aquello que nos permite seguir viviendo y soñando.

Se hizo un silencio significativo, que rompió el mismo Ambrós devolviéndole la pregunta:

—¿Y tú, Jorge, qué salvarías del fuego?

Como si hubiera estado esperando su turno, el empresario sacó el cheque roto en cuatro pedazos y lo puso sobre la mesa. Sarah y Ambrós ya conocían la historia, así que solo tuvo que añadir:

—Este talón que nunca cobré encarna para mí la bondad humana, que sobrevive y arroja luz en las tinieblas. Ahora tú, Sarah.

—Yo salvaría del fuego este café.

—Eso no sirve... —la corrigió Jorge—. Algo que puedas llevar contigo.

—Los cuadros. Bueno, ese cuadro —precisó, señalando la pintura sobre la mesa de tertulia—. Me hace pensar en un dicho indio: uno tiene solo aquello que no puede perder en un naufragio.

—¿Y si no pudieras llevarte ese cuadro? —preguntó Jorge.

Sarah lo escrutó a través de sus pequeños ojos, en los que aún lucía la curiosidad de una niña. Se pasó la mano por el pelo teñido, sin entender por qué no podía salvarlo del

fuego.

—Entonces los suspiros de Glenn Gould.

—¿Quién es ese? —preguntó Ambrós.

—Luego voy a buscarlo y os lo presento —dijo, enigmática.

16. El lugar del crimen

Los ojos de Celia exploraban desde el taxi la ciudad de noche. De repente, le parecía un lugar desolado y amenazador. Incluso el conductor, que le lanzaba miradas indisimuladas a través del espejo, se le antojaba un enemigo imprevisible.

Totalmente en tensión, no se relajó hasta que vio que el coche enfilaba la avenida donde había vivido los últimos años. Hasta aquella familiar repetición de bloques le parecía ahora irreal. Nada había cambiado y, al mismo tiempo, todo le parecía distinto.

Después de pagar la carrera, buscó las llaves en su mochila y, cargando con ella al hombro, se dirigió al ascensor.

Sus pasos resonaron vacíos en el vestíbulo a aquella hora de la madrugada. Todos los inquilinos del edificio debían de estar durmiendo, pensó, a la espera de empezar un día más igual a tantos otros.

Pese a llevar tres años allí, apenas conocía a nadie. Cuando se cruzaba por la tarde con los oficinistas que volvían a casa con los hombros hundidos, a menudo pensaba en un poema de Francisco J. Tapiador que tenía en su carpeta de hallazgos.

*Cuando en tu apartamento
Ves la tele por la tarde en el sofá tras el trabajo
Y viene él, deja las llaves; se descalza
Y cansino te cuenta
Que sus compañeros cobran el triple y les ascienden
Y que el jefe le firma sus ideas,
Mientras apoya su cabeza en tu regazo
Y tú le acaricias y le enseñas a medir personas
Y le dices que allí estás, y que le quieres
Y pasas con él la tarde tras los cristales
Haces la cena, y le abrazas mientras se pregunta por qué no te has ido.*

Al llegar a la puerta de su piso, dejó de pensar en el poema. La tensión que había sentido en el taxi dio paso a un cansancio infinito.

Mientras giraba la llave suavemente en la cerradura, Celia se dijo que peor que las quejas del oficinista derrotado era su propio regreso, cinco días antes de terminar sus vacaciones, a un apartamento sin nadie más que ella misma.

Pasó revista a aquel espacio donde el rastro de él era omnipresente, pese a no haber vivido nunca juntos.

Además de las fotografías que adornaban caóticamente las paredes, iba encontrando a su paso novelas que él le había regalado, una botella de vino especial que había reservado para tomar con él y que ya nunca sería descorchada, incluso un jersey que se había dejado Miguel después de hacer el amor.

Celia lo había lavado y ahora aguardaba, bien doblado, sobre la mesa como una balsa a la deriva.

Cada vez más angustiada, fue apagando las luces y se desnudó sin ir al baño, dejando la ropa tirada a su paso. El helor del piso, tras varios días con la calefacción apagada, se unía a un frío mucho más intenso que nacía de sus entrañas.

Al entrar en aquel cuarto compartido tantas veces con él, sintió que se metía en una tumba. Una vez bajo las mantas, cerró los ojos con fuerza. Toda ella temblaba.

Mientras trataba de respirar con normalidad, se sintió como un asesino que había regresado al lugar del crimen. ¿Cuándo y por qué había muerto su amor?

Aquella era una pregunta que quizá nunca pudiera responder. No hay detective para esa clase de crímenes. Lo único que tenía claro, allí y entonces, era dónde se encontraba el cadáver que era ella misma.

17. Los suspiros de Glenn Gould

Ambos hombres charlaban abajo, cuando Sarah subió a la vivienda que había ocupado desde que abrió aquel negocio que tenía los días contados.

Rebuscó en su estantería de discos compactos hasta dar con las *Variaciones Goldberg*, de Bach, interpretadas en 1955 por Glenn Gould. A sus veintidós años, el joven pianista aparecía en la portada en expresión de arrebató, con la camisa blanca abierta y la corbata deshecha.

Aunque sobre todo le gustaba la breve aria que abría el álbum, la fascinación de Sarah por aquella grabación tenía que ver con la historia de la misma, contada por un profesor en sus tiempos de estudiante de historia del arte.

Al parecer, el joven pianista fue fichado en Nueva York por el director de la discográfica Columbia al oírle interpretar esta obra en un pequeño concierto. David Oppenheim quedó tan impresionado por la pasión de Gould que al día siguiente le hizo firmar un contrato.

La grabación fue una aventura en sí misma. Aunque tuvo lugar en pleno verano, Glenn Gould entró en los estudios con abrigo, bufanda y guantes, como si un frío interior lo hiciera inmune al bochorno de Manhattan. También traía dos litros de agua hirviendo y toallas. Cuando le preguntaron por aquello, respondió que necesitaba sumergir las manos en agua caliente durante veinte minutos antes de tocar, igual que hacía antes de los conciertos.

Y ahí no acababan las necesidades del pianista. Además de un arsenal de pastillas para dolencias reales o imaginarias, se había llevado de casa su propia silla. Argumentó que necesitaba sentarse al piano en un asiento más bajo que las habituales banquetas.

Sin embargo, las mayores sorpresas tuvieron lugar durante la propia grabación. Glenn Gould no se limitaba a tocar las teclas del piano, sino que acompañó su interpretación de susurros, canturreos y suspiros que quedarían inmortalizados en el disco.

Los puristas de la música clásica se llevaron las manos a la cabeza al escuchar aquellas anomalías en una obra de Bach, tocada además a toda velocidad, pero al resto del público le encantó la idea. Las emociones desatadas de Glenn Gould daban nueva vida a un compositor que hasta entonces no había sido abrazado por las masas.

Una vez grabado el que tal vez sería el disco de música clásica más popular de la historia, tras nueve años de conciertos, a los treinta y un años el intérprete anunció que dejaba de tocar en vivo.

En 1981, Gould decidió volver a grabar las *Variaciones Goldberg*, anunciando que dejaría el piano para siempre justo al cumplir los cincuenta, cuando sería lanzado el disco. La nueva interpretación, mucho más lenta, introspectiva y crepuscular, no se parecía en nada a la que le había dado fama mundial.

Sin embargo, tampoco él se parecía en nada al joven que había sido descubierto en un recital de Nueva York.

Tras vivir asediado por achaques de todo tipo, dos días después de cumplir los cincuenta moría de un infarto.

Sarah bajó la escalera con aquel disco que incluía ambas interpretaciones, el nacimiento y la muerte de un artista que supo poner la pasión al mando de su vida. Hasta el fin.

18. Señales de muerte

El amanecer de aquel viernes de diciembre capturó a Celia en la cama sin que hubiera logrado dormir más de diez minutos seguidos. Incapaz de volver a conciliar el sueño, pero sin fuerzas tampoco para levantarse, permaneció allí amortajada hasta que un doble «pip» hizo que buscara su móvil entre las sábanas.

Al ver el nombre de Miguel en la pantallita, se estremeció.

Sé que lo que he hecho no tiene disculpa.

No espero que me perdonen.

07:48

Tranquilo, tampoco pensaba hacerlo.

¿Dónde estás?

07:50

Da igual donde esté.

Lo importante es que no podemos estar juntos.

Traté de explicarme en Puerto Añil, pero no me dejaste.

07:51

Dijiste cosas que me hicieron daño.

07:51

Sorry.

07:51

¿Y ya está?

¿No tienes nada más que decirme?

Llevamos tres años juntos. Eso debería significar algo.

07:53

Significa veteranía,

pero eso no garantiza nada.

07:54

Debería garantizar al menos una conversación cara a cara antes de dejarme tirada en el culo del mundo.

07:56

Lo lamento, no he sabido hacerlo mejor.

07:57

Mejor di que era difícil hacerlo peor. Imbécil.

07:58

Celia arrojó el móvil contra el suelo y salió de la cama.

Necesitó abrir la ventana para respirar el aire helado. Se estaba ahogando.

Una bandada de palomas grises cruzó el cielo también gris. En la calle, decenas de madrugadores se afanaban para no llegar tarde a sus puestos de trabajo.

«Asco de ciudad», se dijo mientras buscaba sus tranquilizantes en los cajones de su escritorio. Los había tomado meses atrás para poder dormir y le había sobrado una caja entera, pero no recordaba dónde la había puesto.

En medio de su búsqueda, Celia dio con un sobre que hizo que las lágrimas se derramaran sin freno. En su interior había seis parejas de entradas, cada una unida por un clip, que había ido comprando para asistir a conciertos y obras de teatro con Miguel los próximos meses.

19. *John & Carol's Blues*

Ambrós se fundió en un abrazo con aquel hombre de largos cabellos grises que parecía mirar el mundo con escepticismo. Tras reconocerse, los dos se ajustaron los abrigos para resistir los embates del viento de diciembre, mientras reseguían la costa fustigada por las olas.

—¿Sigues coleccionando sobres con tu nombre mal escrito? —le preguntó el bombero.

—Sí, tengo ya más de veinte, la mayoría son de instituciones. Ya no es que no acierten con el guion de Miquel-Lluís, o que quieran añadir una «r» a mi apellido, Muntané. Recibo comunicados oficiales en los que me llaman Miquel-Elvis, o en los que mi apellido es sustituido misteriosamente por Tinell. Como comprenderás, eso para un poeta es un drama.

—Un drama que te sirve para entretener a las visitas —apuntó Ambrós—. ¿Has logrado ya vivir de la poesía?

—¡Eso jamás! Sigo trabajando de profesor. Es el trabajo que me da para comer, mientras que la poesía me da para vivir.

—Gracias por compartirla con nosotros esta noche, entonces.

—No hay de qué.

Habían llegado al Café Turner, donde Sarah tenía dispuesta una cena de gala para honrar al poeta. La mesa redonda estaba cubierta con un mantel y servilletas de tela, y un plato humeante de sopa de pescado esperaba a cada comensal.

Jorge se acercó a saludar al rapsoda que aquella noche leería una antología de sus propios poemas.

—Como veo que la sopa está hirviendo —dijo el poeta, aún de pie—, me gustaría ofreceros un aperitivo. Se llama *John & Carol's Blues* y, cómo no, es una historia de amor.

—Adelante, Miquel —lo animó la inglesa—. Ya sabes que somos fans tuyos.

El poeta sonrió y sacó del bolsillo de su chaqueta un pliego de folios doblados. Dedicó un tiempo a pasar las hojas sin ninguna prisa hasta dar con la pieza que había anunciado.

Entonces pidió un vaso de agua y, tras aclararse la garganta, empezó a leer con tono solemne:

Carol siempre soñó

amar a un hombre como John:

adusto y varonil en el trabajo,

paciente y tenaz para triunfar,

pero capaz de decir te quiero

y hacer una caricia.

Carol era la mujer ideal para John:

a veces juguetona como una chiquilla,

pero llena de temple en las horas adversas,

independiente y capaz de entregarse

a los vaivenes de una gran pasión.

Muchas noches, allá en la adolescencia,

su último pensamiento, antes de dormirse,

era adivinarle el aire y la figura.

Entretanto, después de la jornada,

él yacía en la hierba y pensaba en el amor

con voluptuosidad indefinida.

Carol vivió más de noventa años,

y murió soltera.

John se casó dos veces

con chicas de su pueblo y fue padre de tres hijos.

Ella nació en Savannah y se fue al norte.

Él se quedó siempre en Oklahoma.

Jamás se conocieron.

20. Un mar de fueguitos

Los tres espectadores habían estado tan atentos a aquel primer poema que no se dieron cuenta de que había empezado a llover y de que una figura, pálida y desgarrada, había seguido la lectura desde la puerta.

—¡Por Dios, Celia! —exclamó Sarah, aliviada—. Pensaba que ya no volverías.

—De hecho, yo pensaba lo mismo —reconoció ella mirando al suelo.

Ambrós fue en su búsqueda y, pasándole una mano por el hombro, la acompañó hasta la mesa, donde pronto aterrizaría un nuevo plato de sopa.

—Vamos, no te quedes ahí...

El poeta la miró con interés antes de ocupar su asiento y entregarse a la sopa de pescado con la misma seriedad con que había leído.

—¿Dónde has estado, cielo? —le preguntó Sarah.

—He vuelto a la ciudad.

—¿Por qué?

—Había algo allí que necesitaba ver. Pero al cabo de doce horas me he dado cuenta de que odio ese lugar, aunque haya vivido allí toda mi vida. Por eso he regresado.

Era la parrafada más larga que soltaba Celia desde que había llegado a aquel café, ya sin su pareja. Eso hizo que Jorge la animara a contestar a la pregunta de la noche anterior, aprovechando que el poeta cenaba en silencio.

—Ayer cada uno dijo qué salvaría del fuego, si nuestra casa estuviera en llamas y solo pudiéramos rescatar una cosa.

Celia se quedó unos instantes pensando en silencio. Hasta aquellas fatídicas vacaciones, ese sobre lleno de entradas para espectáculos había sido su tesoro máspreciado. Representaban la oportunidad de compartir sus pasiones con la persona que más había querido.

—No salvaría nada —dijo al fin—. Ahora mismo necesito invertir todos mis esfuerzos en no hundirme, porque siento que no hay nada que me sostenga. El otro día me preguntabais por mi trabajo y...

—Diseñadora gráfica, ¿verdad? —apuntó Jorge.

—Sí, pero en esta visita a la ciudad creo que he obtenido un nuevo puesto. Ahora soy también Directora General de la Nada.

—Suenas interesante —intervino el poeta, dejando por un momento de comer—. Del vacío sale todo lo demás.

Sarah se llevó los platos rebañados y trajo una fuente de viandas con patatas asadas. Mientras los comensales empezaban a servirse, señaló el cuadro que presidía aquel rincón y dijo:

—Todos sufrimos incendios y naufragios, y hacemos lo que podemos para mantenernos a flote en medio del oleaje.

—¿Puedo participar en esto? —intervino el poeta tras servirse abundantemente—. Yo también quiero decir qué salvaría del fuego.

—Adelante, camarada —lo animó Ambrós.

—Salvaría una caja de cerillas.

Los cuatro lo miraron con ojos de incompreensión.

—¿Para qué quieres las cerillas, si todo está ardiendo? —le preguntó Jorge.

—Para volver a encender el fuego. En esta vida es importante arder por algo. Arder en deseos, de impaciencia, de curiosidad... Por eso necesito las cerillas. Por supuesto, son una metáfora.

—Hablando de eso... —intervino Ambrós—. ¿Conoces los *Fueguitos*, de Eduardo Galeano?

—No tengo el honor.

—Pues estás de suerte, porque me lo sé de memoria. Habla de un hombre de la costa de Colombia que pudo subir al cielo. A la vuelta, dijo que había contemplado la vida humana desde allá arriba. Dijo que somos un mar de fueguitos.

—Suenas bonito —reconoció Celia, que se esforzaba en comer media patata.

—Pues escucha el texto de Galeano, querida: «El mundo es eso. Un montón de gente, un mar de fueguitos. Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y hay gente de fuego loco, que

llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende».

21. Todo es bueno, aunque parezca malo

La reunión prosiguió con lectura de poemas entre plato y plato, acompañados de risas a la hora del postre, cuando Miquel-Lluís sacó el tema de los sobres con su nombre mal escrito y algunas anécdotas de sus recitales por el país.

Solo Celia parecía no disfrutar de la velada. Al principio había estado muy atenta a los poemas, pero, a medida que avanzaba la noche, se había ido apagando, a la vez que su mirada se desviaba insistentemente a la pantalla de su móvil. Todo parecía indicar que no sucedía nada bueno.

Al darse cuenta de la situación, Sarah le susurró al oído:

—¿Me ayudas a preparar unos crepes?

Celia se levantó casi por inercia y siguió a la inglesa hasta la cocina. Una vez dentro, Sarah le confesó:

—No pienses que creo que cocinar es cosa de mujeres. Era una excusa para hablar contigo.

La pelirroja la escrutó, ansiosa, con aquellos ojos cada vez más acuosos.

—¿Qué quieres decirme?

—Sé que estás pasando por un mal momento. Quizá por uno muy malo.

Incómoda, respiró con dificultad y declaró:

—Trata de imaginar cómo me siento y multiplícalo por diez.

—Yo también he pasado por eso, Celia —le dijo tomándole la mano maternalmente—. Le sucede a casi todo el mundo en algún momento de la vida. Ahora te sientes en un pozo sin fondo, pero, sin darte cuenta, cada día entrará un poco más de luz hasta que veas claramente dónde está la salida.

—Tal vez sea cierto, pero ahora... —Su voz tembló—. Ahora mismo solo existe el dolor. El dolor y la nada.

—Cuando el dolor llega a nuestra vida, no nos queda otra que vivirlo. Hay quien lo anestesia con alcohol, con relaciones esporádicas o con otras drogas, pero eso no soluciona nada.

—Pero ¿qué hacer con el dolor cuando no puedes soportarlo más?

—Dejarlo transitar.

Celia le dirigió una mirada de incompreensión.

—El dolor no es siempre igual. Cambia de un día a otro. Lo vas aceptando, aprendiendo de él. Hasta que un día se ha convertido en algo bello. Ya no odias a aquella persona que te hizo tanto daño. Al contrario, empiezas a estar agradecida porque, gracias a lo que pasó, eres alguien distinto y más poderoso.

—Ojalá pudiera pensar así —dijo apretando los labios—, pero es difícil no odiar a alguien que te abandona en medio de unas vacaciones de invierno en un pueblo vacío.

—Pues gracias a eso nos hemos conocido. Mi mejor amiga, Mari Carmen, da cursos en Hawái cada año, ¿y sabes lo que dicen los aborígenes de allí? «Todo es bueno, aunque parezca malo.»

—Estoy muy agradecida de haberos conocido —reconoció Celia—, pero eso no me libra de la rabia que siento ahora hacia él. Lo he amado tanto...

Sarah se llevó las manos a sus anchas caderas y, mirando a la jovencita con ternura, dictaminó:

—Tal vez fuera el hombre de tus sueños, pero está claro que no es el hombre de tu vida.

22. Un contrato de no desaparición

Una gran carcajada de aquellos tres hizo que Sarah y Celia salieran de su pequeño comité en la cocina. Tras servir crepe con helado de arándanos a todos los comensales, el poeta tomó la palabra. Por su rictus desenfadado, se notaba que en aquel punto estaba ya bastante achispado:

—Después de revisar un poco cada caso —expuso con un tono casi notarial—, hemos llegado a la conclusión de que todos nosotros corremos grave peligro. Por eso cada uno de nosotros debe firmar un contrato, esta misma noche.

—Pero... ¿de qué habláis? —le increpó Sarah, fingiendo enfado—. No es tan tarde para estar borrachos.

—Esto es algo muy serio, Madame. Permíteme que haga inventario de los naufragios que se han reunido alrededor de esta mesa. Jorge se enfrenta a la ruina si no logra vender su casa pronto. Tú estás a punto de perder tu café. Ambrós no puede ejercer su oficio debido a las crisis de ansiedad y... —frunció el ceño al mirar a Celia— todos estabais temiendo por esta jovencita, que ha estado fuera un día y medio, pero llegasteis a pensar que era para siempre.

—¿Y tú, charlatán? —lo desafió Sarah—. ¿Por qué estás en peligro?

—¡Pues está muy claro! Con esos cambios de nombre que me hace la administración, cualquier día un asesino a sueldo me toma por la persona equivocada.

Todos rieron, pero el poeta reclamó de nuevo la palabra, con una expresión ahora dulce y serena.

—No, en serio, me gustaría que, de aquí a un año exactamente, volvamos a reunirnos los mismos alrededor de esta mesa. Por eso, quiero que cada uno de nosotros firme un contrato de no desaparición. —Sacó del bolsillo el pliego de poemas y les dio la vuelta, repartiendo uno a cada uno—. Tú, Jorge, que sabes de esto, dime si el redactado es correcto.

Acto seguido, empezó a escribir sobre el reverso de un poema con una estilográfica:

Acompañado de cuatro testigos en Puerto Añil el 5 de diciembre, yo, Miquel-Lluís Muntané, me comprometo hasta el 5 de diciembre del año que viene a no hacer nada que pueda provocar o facilitar mi desaparición.

Tras estampar su firma debajo de esta declaración, dejó su pluma a Jorge para que copiara el texto, poniendo su nombre y rubricando su compromiso a un año vista.

El empresario suspiró intranquilo, como si aquel acuerdo provocara en su interior alguna clase de dilema.

Cuando los cinco contratos estuvieron redactados y firmados, el poeta los entregó a Sarah y le dijo:

—Guarda estos pactos en una caja fuerte, si la tienes. De aquí a un año volveremos a encontrarnos por contrato. Ya que estamos a salvo hasta entonces, tenemos un año para arreglar lo que tengamos pendiente en nuestra vida.

23. Éxodo nocturno

Con el portátil en las rodillas, antes de acostarse Jorge buscó el vuelo más inmediato a Londres, donde se ocultaba aquel que había dinamitado su vida entera.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer era una locura, pero en su situación podía permitirse actuar con esa temeridad. La cuestión era si el dinero que le quedaba bastaría para contratar a la persona adecuada.

Antes de realizar la compra, entró en su cuenta y vio que había poco más de tres mil euros. Como el talón roto que llevaba en el bolsillo desde su caída en desgracia. Calculó que después de pagar un vuelo barato a Londres, al cambiar de moneda dispondría de dos mil libras.

Aunque era improbable que alguien aceptara hacer algo así por esa suma, un demonio interior le decía que debía intentarlo.

Moviendo sus contactos en Londres había conseguido un nombre y un número de teléfono. Solo faltaba ir allí y plantearle el asunto.

Decidido a dejarse llevar por aquella loca decisión, quince minutos después tenía ya un vuelo para las diez de la mañana. El aeropuerto estaba a más de tres horas en coche de Puerto Añil, por lo que no merecía la pena que se planteara dormir.

Se conformaría con darse una ducha.

Mientras trataba de relajar los nervios bajo el agua caliente, Jorge pensó que era irónico que aquella noche hubiera firmado su contrato de no desaparición, cuando sería el primero en hacerlo.

24. Té de roca

Al saltar de la cama poco antes del mediodía, Celia sintió que la ansiedad en Puerto Añil le resultaba mucho más llevadera que en su piso en la ciudad. Aunque nada había salido según lo planeado, la visión del mar y las extrañas compañías que frecuentaba en el Café Turner le servían de salvavidas. Al menos por ahora.

Además, había firmado un contrato que la obligaba a sobrevivir los 365 días siguientes. Y ella era de las que cumplen los pactos.

Tras vestirse, abrió la nevera con poca convicción y se preparó un bocadillo de salami. Mientras mordía el emparedado con desgana, sus ojos claros trataron de abrazar el primer cielo despejado desde que había llegado a Puerto Añil.

Allí de pie, frente a la ventana, de repente se sintió bien. Por primera vez desde que su vida se había hundido, sintió que no necesitaba nada más que lo que tenía en aquel momento. El mar de invierno, un cielo despejado, el silencio de la mañana en aquel pueblo vacío.

Sorprendida por aquella pequeña dosis de bienestar, decidió enfundarse el abrigo y salir a la intemperie para dar un paseo. A fin de cuentas, hasta la hora de la tertulia nocturna no tenía nada mejor que hacer.

Estuvo un buen rato plantada delante del oleaje, que parecía arrastrar dentro de ella misteriosas verdades que aún no estaba preparada para comprender. Luego fue bordeando la costa y acabó tomando el camino del faro, como el día que había llegado con Miguel.

Parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces.

Un poco antes de llegar a lo alto del acantilado, con el viento desplegando su melena roja como una llamarada, distinguió una figura familiar sentada en las rocas. Encasquetado con una gorra azul, Ambrós vigilaba la superficie del mar con sus prismáticos.

Estaba tan concentrado que no se movió un ápice hasta que ella se situó detrás de él y le tapó las lentes con las manos.

—Vaya, se ha hecho de noche —bromeó mientras se volvía lentamente hacia ella.

—¿Me has visto llegar? —preguntó, avergonzada, mientras se sentaba sobre una roca a su lado.

—Son gajes del oficio. Cuando trabajas de bombero, aprendes a mirar en todas direcciones. Nunca sabes por dónde se desprenderá una viga ardiendo que puede acabar con tu vida. Por cierto, ¿quieres un poco de té?

Ambrós levantó un termo y le ofreció una taza de plástico. La de él reposaba entre sus piernas.

—Has traído dos tazas —observó ella.

—Sí, ¿qué hay de malo?

—Nada... únicamente que has venido aquí para estar solo. ¿Por qué traer una segunda taza?

Él rio para sus adentros antes de contestar:

—Dicen que las fiestas se hacen especialmente para aquellos a los que no se ha invitado.

—¿Me estás diciendo que molesto?

—¡Al contrario! Creo que sale en la Epístola a los Hebreos aquello de que nunca hay que negar la hospitalidad a los forasteros, ya que hay quien ha estado en compañía de ángeles sin saberlo.

—Entonces, soy una forastera para ti —lo provocó para hacerlo salir de aquella perenne placidez.

—Todo aquel que no es de Puerto Añil es forastero para nosotros. Pero no te preocupes, amamos a los forasteros.

Sin entender muy bien qué había querido decir con eso, Celia se llevó la infusión a los labios. Aún estaba caliente y tenía un agradable sabor a hierbas.

—No parece té —comentó ella.

—Es que se trata de una planta distinta: té de roca. También lo llaman té de montaña. Antiguamente se usaba como digestivo y para tratar resfriados y dolores varios. ¿A ti te duele algo?

—Sé que te sonará a tópico, pero ahora mismo me duele la vida.

—Buena señal. Si duele, es que estás viva.

Celia tomó prestados los prismáticos, y siguió con ellos la línea del horizonte donde acababa el mar y nacía aquel cielo resplandeciente. De repente, se acordó de lo que habían hablado en su anterior encuentro en el faro.

—¿Has visto ya el rayo verde?

—Aún no.

—¿Y no te aburre estar aquí?

—Es imposible que me aburra —dijo, volviéndose hacia ella—. Estás conmigo.

Celia dio un sorbo al té de roca para disimular que se había puesto nerviosa. Acababa de descubrir que le gustaba estar cerca de Ambrós, pero, al mismo tiempo, sentía un vértigo que no estaba provocado por los cincuenta metros de altura sobre el acantilado.

—Me refería a Puerto Añil. ¿Nunca has soñado con irte lejos de aquí?

—No... ¿Para qué?

—Vamos, hombre. Espero que ahora no me digas que aquí lo tienes todo. ¡Eso sí sería un tópico!

—Podría decirte que aquí no tengo nada, lo cual sería lo mismo.

—Si nada te sujeta —argumentó Celia—, entonces eres libre de irte a cualquier parte.

—Vaya a donde vaya, seguiría sin tener nada. Como dijo Sarah la otra noche, uno solo tiene aquello que no puede perder en un naufragio.

—Ya...

Con todos sus másteres de diseño y bellas artes, Celia se sintió repentinamente tonta. Quizá lo más prudente habría sido despedirse y volver a su apartamento, pero su cuerpo no quería alejarse de aquel lugar y de aquella compañía.

—Esta mañana me ha sucedido un pequeño milagro —confesó mientras volvía a tomar los prismáticos para otear el mar—. De repente me he sentido bien, en paz conmigo misma y con el mundo. Era una sensación como de...

—No necesitar nada.

—Exacto.

Celia se estremeció al notar la mano de Ambrós sobre su hombro, mientras le decía:

—Siempre que sientas eso, allí donde estés, sabrás que lo tienes todo.

25. Los dioses lares

Mientras el Airbus 320 sobrevolaba Francia, Jorge amplió en su teléfono móvil una imagen que le provocó una profunda melancolía. A simple vista había solo el recibidor de lo que había sido su casa y parte del pasillo que llevaba al salón. Pero él sabía que era mucho más.

En la estantería del recibidor, seguida de una más baja en el pasillo, estaban lo que él llamaba «los dioses lares», los trescientos libros que defendían su hogar y acogían a los amigos que llegaban a él.

Había comenzado la criba a los dieciocho años, con su primer sueldo. Compraba un libro cada semana, pero solo conservaba aquellos que le gustaban tanto como para desear poseerlos.

El resto lo daba a las bibliotecas, y si una obra no le aportaba nada, la abandonaba en un banco del metro o el autobús para que la encontrara alguien a quien quizás el libro sí le transmitiera algo.

A medida que formaba su panteón de dioses lares, Jorge sintió que pasaba a vivir otras vidas, aprendiendo de personas que habían experimentado cosas que él jamás habría imaginado. Cada vez entendía más, aunque el número de cosas que no entendía aumentaba al mismo ritmo.

Aun así, gracias a esos libros sentía que podía vivir y amar más a fondo.

«¿Qué es el ser humano?», se había preguntado Freud una vez.

«Trabajar y amar», había respondido.

A sus más de cincuenta años, Jorge sentía que había trabajado más de lo necesario y en la dirección incorrecta. Pero nadie podía negarle que había amado.

Sus relaciones habían sido intensas y esporádicas, como chispazos en la oscuridad que no llegan a prender una lumbre, pero había amado sus libros, de eso sí estaba seguro.

Al comprar aquel apartamento en la ciudad que ya no era suyo, Jorge había colocado en la entrada sus trescientos libros elegidos, los maestros que cuidarían en silencio de él y de los que quisieran acercarse a su mundo.

Aquellos títulos que ahora languidecían en un oscuro guardamuebles habían sido para él algo más que cosas. Eran ideas vivas, personas, autores que saludaban a los que entraban en su hogar. Vigilaban la entrada y ejercían de dioses protectores, revelando quién era él y cuidando de los que cruzaran el umbral.

En aquel inesperado ocaso de su vida, Jorge se daba cuenta de que esos libros habían intentado enseñarle cosas que él no había sabido aplicar. Había desoído los mensajes de los dioses, viviendo de espaldas a la verdad y a la vida.

Había leído mucho, pero quizás eso no había hecho de él una mejor persona. «Eso sí —se dijo—, sin duda soy menos peor gracias a ellos.»

Tras la muerte de sus padres, a falta de otra familia, los libros se habían convertido en sus hermanos, en los hijos que no había tenido, en sus antepasados.

«Los dioses lares enseñan callando», pensó mientras palpaba en su bolsillo el fajo de billetes que sumaba dos mil libras. «Lástima haber aprendido la lección tan tarde.»

26. *Yesterday*

La lluvia volvía a caer sobre Puerto Añil, haciendo de telón entre las tres almas que representaban sus pequeños dramas en el café y el resto del mundo.

A pocos días del cierre definitivo, Sarah parecía querer exprimir el espíritu de aquellas viejas paredes.

—No os preocupéis por mí —dijo la inglesa ante las preguntas de Ambrós y Celia sobre la liquidación del negocio—. He vivido otras catástrofes en mi vida y sé que la tristeza pasará. Esta también.

—¿Y si no pasa? —preguntó la pelirroja.

—¡Siempre pasa! Todo en este mundo tiene su duración, hija, también la tristeza.

—Pero mira a Ambrós. Hace veinte años que murió su esposa y aún...

Celia se arrepintió de inmediato de haber dicho eso. Con las mejillas encendidas, le suplicó con los ojos que la disculpara mientras él sonreía bajo el mostacho, quitándole importancia al asunto.

Se acarició la barbilla antes de decir:

—Lógicamente, hay pérdidas que son para siempre. Has de aprender a vivir sin esa parte de ti, como aprende a andar un mutilado.

—Entonces, estás conmigo con lo de la tristeza —insistió Celia—. Pierdes algo y es para siempre.

—Hablas como la canción de los Beatles —se burló Sarah, mientras la pelirroja parecía no entender—. *Suddenly, I'm not half the man I used to be...*^{*}

—Así me sentía yo entonces —reconoció Ambrós—. Como alguien a quien le han quitado una mitad. Sin embargo, con el tiempo aprendes a llenar el vacío con otras cosas. Yo me volqué mucho en mi hija, también en mi trabajo.

Celia hubiera deseado preguntarle: «¿Y en qué te vuelcas ahora que no tienes ni una cosa ni otra?», pero, para no meter la pata, optó por hablar de sí misma.

—Supongo que es cuestión de tiempo, tal como decís, pero ahora mismo yo me siento como en *Yesterday*. Una mitad de mí ha desaparecido. Ya no existe.

Sarah se sirvió media copa de vino y estudió a la joven con una mirada severa y a la vez afectuosa mientras le decía:

—En primer lugar, debes eliminar los rituales que tenías con tu pareja.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que hace que echéis de menos «tu otra mitad» son las cosas que hacíais juntos.

Celia no pudo evitar pensar en la amargura que le había causado encontrar aquel sobre lleno de parejas de entradas.

—Si le enviabas a diario un whatsapp de buenas noches a tu chico, desconecta el teléfono a la hora de cenar hasta el día siguiente. De ese modo te ahorrarás mirarlo y suspirar porque ya no está... Y así con todo.

—Hablando de quien ya no está —dijo Celia para cambiar de tema—. ¿Dónde se ha metido Jorge?

—Se ha ido del pueblo —repuso Ambrós.

—¿Estás seguro? ¿Cómo lo sabes?

—Su coche ya no está frente a la puerta de su casa. Esta mañana, mientras subía al faro, he visto que ya no estaba aparcado ahí, y no ha vuelto en todo el día. Ni él ni su coche. —Ambrós consultó su reloj—. El cartel de EN VENTA sigue en su sitio, pero a la una y cinco de la madrugada podemos decir que Jorge se ha largado de Puerto Añil.

Un espeso silencio se instaló en aquel rincón del café. Al mirarse, los tres supieron que estaban pensando lo mismo: había roto el contrato de no desaparición firmado la noche antes.

Les había fallado.

27. Humo

Moverse dentro de aquel club de fumadores era como caminar junto al Támesis en los días de niebla, cuando una densa gasa se levanta para envolverlo todo, favoreciendo a aquel que necesita ser ocultado.

Tras pasar una noche de perros en un hotel del Soho, Jorge sentía que se ahogaba en aquel antro privado que, sin duda, era un refugio perfecto para criminales.

Pidió una pinta de cerveza a la mujer demacrada que atendía detrás de la barra. Luego ocupó una pequeña mesa situada bajo un reloj de péndulo, tal como le había pedido Butler por teléfono la tarde anterior.

Inquieto ante la posibilidad de que no se presentara, Jorge dio un trago a la cerveza amarga mientras luchaba por respirar en aquella atmósfera venenosa.

Empezaba a perder la paciencia cuando un hombre escuálido de edad indeterminada, que llevaba un chaleco raído, se acercó a él con un cigarro ya consumido en los dedos.

Jorge esperaba cerrar el trato cuanto antes, tras haber hablado por teléfono y mandado la información pertinente, pero Butler aún parecía tener sus reservas. Puso sobre la mesa un vaso de whisky de malta sin hielo y dejó la colilla en un cenicero.

—Necesito volver a verlo.

Exhalando un suspiro, Jorge buscó la fotografía en el archivo de imágenes de su móvil y le tendió el aparato.

Butler amplió y redujo la imagen varias veces, como si quisiera grabarla a fuego en su mente. Luego le devolvió el móvil y le dirigió una mirada gélida que le inquietó.

Interpretando lo que aquel hombre esperaba de él, sacó de su bolsillo el fajo de billetes y los puso sobre la mesa sin pudor.

—Tengo dos mil libras. ¿Es suficiente? También cubriré su vuelo para salir del país, si es necesario.

Como si quisiera ganar tiempo, Butler sacó otro cigarro del bolsillo del chaleco y se lo llevó a los labios. Antes de encenderlo, de repente empujó los billetes hacia Jorge y dijo:
—No.

28. Fin de trayecto

Mientras medio paquete de espaguetis se cocía en la olla, Celia se entretuvo mirando su correo electrónico. Un nuevo encargo de un cliente que ya daba por perdido le aseguraba que empezaría el año con trabajo hasta las cejas.

Tras contestarle que aceptaba el proyecto pero que aquella fecha de entrega era imposible, cedió a la tentación de entrar en Facebook.

Llevaba tantos años mirando lo que colgaba Miguel para ser la primera en poner «me gusta» o escribir un comentario que, desoyendo el consejo que le había dado Sarah, visitó su muro en busca de novedades.

Lo que vio la dejó sin aliento.

Había subido un retrato a lomos de un caballo con una chica morena que lo abrazaba desde atrás. No tuvo duda de quién era ella. La conocía bien.

Trabajaba mano a mano con Miguel desde hacía tres meses y lo último que había sabido de ella era que se había divorciado. Eso había sucedido pocas semanas antes de que fueran a Puerto Añil.

De repente, todo encajaba. No necesitaba saber más.

Llorando de indignación, Celia bloqueó a Miguel de la red social para que aquella escenita romántica fuera lo último que supiera de su ex. Ya podía llamarlo así a todos los efectos.

Incapaz de comer nada, apagó el fuego en el que hervía la pasta y se puso el abrigo. Mientras bajaba por la escalera, recordó cuando había elegido con él aquel apartamento y sintió ganas de vomitar.

No podía permanecer ni un minuto más allí.

Eran las diez de la noche y un frío hiriente se había apoderado de Puerto Añil, donde Celia deambulaba, perdida en su confusión. Primero había querido ir al Café Turner, pero, ante el panorama de romper a llorar delante de Sarah, dio media vuelta.

Al pasar junto a la casa de madera de Ambrós, de repente sintió que las piernas le fallaban. Apoyada contra la pared, logró contener el deseo de llamar a la puerta una vez, pero, tras una segunda retirada en falso, pulsó el timbre.

Poco después, aparecía él con un jersey viejo por encima de los pantalones del pijama. Ella esperaba un «¿Qué haces aquí?», pero Ambrós se limitó a invitarla a pasar con un suave movimiento del brazo.

Celia agradeció aquel silencio. Ni siquiera ella sabía qué hacía allí.

Avanzó por el salón luchando por no sollozar y se dejó caer sobre el sofá.

—Tiéndete, estás muy pálida.

Ella recostó la cabeza sobre la almohada que le tendía Ambrós, que la ayudó a quitarse el abrigo y los zapatos. Luego la cubrió con una fina manta de lana y le puso la mano en la frente para asegurarse de que no tenía fiebre.

La calidez del fuego encendido en el salón hizo que a Celia se le cerraran los párpados, mientras la tensión acumulada la hacía sentirse como un peso muerto.

Antes de que pudiera darse cuenta, cayó dormida.

29. Besar a un fantasma

Arrullado por el crepitar del fuego, Ambrós no podía apartar la mirada de la joven pelirroja, que se había dormido de inmediato, como si hubiese llegado agotada de un largo viaje.

Sentado en una silla a un par de metros de ella, tuvo que pensar en aquella primera noche con quien sería su esposa. Había elegido ese mismo sofá para acurrucarse como una sirena.

De repente, Celia abrió los ojos y lo cazó contemplándola.

En vez de asustarse, ella sonrió con los ojos y le pidió:

—Ven.

Ambrós acercó su silla al sofá y la miró con preocupación. Intentó volver a palparle la frente, pero Celia aprovechó para agarrarle el brazo y atraerlo hacia ella.

Un instante antes de que los labios de la joven capturaran los suyos, Ambrós giró el rostro lo suficiente para que aquel beso a traición aterrizara en su mejilla.

—¿Qué sucede? —dijo ella, sofocada—. ¿No te gusto?

—Esa no es la cuestión.

—Sí lo es. ¿Por qué no quieres que te bese?

Él tomó su mano entre las suyas y le dijo con suavidad:

—Estaré encantado de que me beses cuando seas totalmente tú.

—¿Y no lo soy?

—Tú misma dijiste ayer que una mitad de ti ha desaparecido y no sabes dónde está.

Ella asintió, invitándolo a seguir.

—Quizás el beso que querías darme venía de la mitad que no eres, y yo no quiero tratos íntimos con fantasmas.

Celia se echó a reír, por primera vez desde que había llegado a Puerto Añil. Se llevó una de las manos de Ambrós a la mejilla y sonrió agradecida.

—De acuerdo, no te besaré hasta que sepa dónde se ha metido mi otra mitad, pero... ¿puedo pedirte algo mientras tanto?

—Claro, adelante.

—Me aterroriza estar sola. Ahora mismo, no controlo mi cabeza y me da miedo lo que pueda hacer. Supongo que para ti es difícil de entender. Pareces siempre tan tranquilo...

—En el pasado tuve el mismo miedo que tú —reconoció Ambrós con una ligera mueca de tensión en el rostro—, por eso puedo entenderte y vamos a hacer un trato.

—¿Qué trato? —preguntó ella, abriendo mucho sus ojos azules.

—Ahora mismo volverás a tu casa y te acostarás. Estaré pendiente del teléfono por si necesitas algo, ¿de acuerdo? A cambio, mañana domingo te llevaré de excursión a mi lugar secreto. No he regresado allí desde... Bueno, hace mucho ya.

Celia no necesitó preguntar más.

30. La última estancia

Incapaz de conciliar el sueño aquel sábado por la noche, Sarah había empezado a hacer cajas en aquella casa donde vivía desde hacía casi medio siglo. Quizá porque se sentía vieja, aún no había logrado trazar un plan B para su futuro inmediato.

Estaba tan acostumbrada a que su vida transcurriera entre el Café Turner y su vivienda en la primera planta, que le costaba imaginar otra existencia que no fuera aquella.

Mientras vaciaba cajones que no abría desde otras épocas, dio con una bolsa de plástico llena de sobres de fotografías, muchas de ellas en blanco y negro. Con un sentimiento de aprensión, tomó uno de los más antiguos y se lo llevó a la mesa.

Bajo una lámpara de luz amarillenta, empezó a pasar lo que resultaron ser retratos de su infancia.

En uno de ellos aparecía junto a sus padres en su primer viaje a la playa. Sarah era tan pequeña que le costaba levantar el cubo lleno de agua para hacer castillos en la arena. Aun así, sonreía orgullosa entre aquel matrimonio joven y fuerte, que la escoltaba con una felicidad que jamás regresaría.

Y no solo porque sus padres hubieran muerto hacía tiempo. De hecho, apenas habían llegado a conocer a sus nietos.

La sonrisa de la infancia denotaba una confianza absoluta hacia el mundo y hacia aquellos guardianes omnipotentes que no permitirían que nada malo le sucediese.

Mientras devolvía la vieja foto al sobre, sintió cómo una lágrima lamía lenta y cálidamente su mejilla.

Aunque fuera un pensamiento absurdo para una mujer en el umbral de la jubilación, veinte años después seguía echando de menos dolorosamente a sus padres. Nunca había dejado de amarlos y a menudo se encontraba hablando con ellos, en melancólico silencio, entre los avatares de la vida que la habían conducido hacia aquel repentino vacío.

Hasta aquel diciembre funesto se las había arreglado para hacer del café su hogar, donde los últimos días se había formado una pequeña familia de solitarios que ya empezaban a desaparecer.

Sarah guardó de nuevo la bolsa de las fotografías en el cajón y se arrastró hacia su dormitorio, resignada a acostarse.

Mientras daba vueltas en una cama que cada vez cedía más bajo su peso, contempló su vida como un palacio lleno de estancias que se iban vaciando a medida que la gente se marchaba. Luego, el tiempo echaba la llave y no se abrían nunca más.

Aquel lugar que estaba desmontando era la última estancia, de eso estaba segura.

«El último en salir que apague la luz», se dijo, sabiendo que sería ella.

31. La tumba de Kazantzakis

Al ocupar su plaza en el avión, Jorge se sintió extrañamente ligero. Y no solo porque su último dinero y todo el crédito de su tarjeta hubieran acabado en manos de aquel Butler. Concluida su misión, solo le quedaba esperar que el mundo lo olvidara y lo perdonara.

Hastiado de todo, mientras el avión rodaba por la pista se sorprendió de que su compañero de asiento ya estuviera durmiendo.

Tras el despegue, un mar de espesas nubes dio paso a un cielo azul que despertó en su recuerdo una mañana en Heraklion que nunca había olvidado.

Iba solo, como en todos los grandes momentos de su vida. Había viajado a la capital de Creta tras haber leído *Alexis Zorba*, la novela más conocida de Kazantzakis. La adaptación cinematográfica, con Anthony Quinn como protagonista, no le había entusiasmado, pero en la obra original encontraba la desnudez de un escritor que, en 1957, había perdido el Nobel ante Albert Camus por un solo voto de diferencia.

El mismo Camus declaró al recibir su premio que Kazantzakis merecía aquel honor cien veces más que él.

Jorge había anotado en su cuaderno personal varias citas del autor griego con quien, en el ocaso que estaba viviendo, se identificaba cada vez más: «Lo único que sé es esto: estoy lleno de heridas, pero aún me sostengo por mí mismo».

Pese a ser un hombre piadoso —creía que la única forma de salvarse a sí mismo era esforzarse por salvar a otros—, a su muerte la Iglesia ortodoxa no permitió que lo enterraran en el cementerio. Después de publicar *La última tentación de Cristo*, fue excomulgado por haber humanizado a Jesús.

Cuando su cuerpo llegó a Atenas, tras fallecer de leucemia en Alemania, los sacerdotes y obispos griegos lo celebraron al grito de «¡Murió el Anticristo!».

Repudiado en Atenas, la memoria de Kazantzakis fue rescatada por el magnate Aristóteles Onassis, que metió su cuerpo con nocturnidad en un avión de su compañía

Olympic Airlines y lo trasladó a su Creta natal.

Allí le fue negado de nuevo cualquier servicio religioso, pero las gentes sencillas de Heraklion, tan dignamente reflejadas en sus novelas, hicieron del funeral una fiesta de multitudes.

Vetado en el camposanto, finalmente fue enterrado como un perro junto a una de las murallas de Heraklion.

Ante aquel evocador cielo azul, Jorge recordó con emoción cómo aquella mañana se había plantado frente al humilde montículo. Sobre sus restos, el epitafio eterno de Kazantzakis le había hecho llorar: «No espero nada, no temo nada, soy libre».

Recordando de nuevo aquellas palabras, Jorge pensó que se identificaba con dos de aquellas tres afirmaciones.

Ahora que había hecho lo que debía hacer, aunque fuera una locura, se sentía al fin libre.

Tenía mucho que temer, pero ningún miedo le atenazaba la conciencia. Desprovisto de todo lo que había amado, cualquier cosa que le arrebatara sería ya nada.

Sin embargo, el corazón de Jorge no comulgaba con la primera máxima del epitafio.

El sí esperaba algo.

32. *Greatest hits & rarities*

Por primera vez desde que había caído en el pozo de la tristeza, Celia se levantó de la cama de un salto. Con tiempo suficiente para la cita, pasó por la ducha e incluso se permitió escoger la ropa que se pondría para aquella excursión.

Eligió de su maleta una camiseta de manga larga, un jersey rojo que la favorecía y unos tejanos gastados que le iban como un guante. Luego se calzó unas bambas floreadas que solo se había puesto un par de veces.

Estaba delante del espejo, decidiendo si debía maquillarse un poco o no, cuando sonó el timbre de abajo y tuvo que dar por terminada la sesión de estilismo.

Mientras bajaba la escalera de aquella finca de obra nueva, se sintió un poco ridícula por haberse «arreglado» —la palabra siempre le había producido rechazo— para un hombre que no mostraba interés alguno por ella, más allá de la compasión.

Perdida en un mar de contradicciones, Celia tampoco sabía por qué se había encaprichado de repente por aquel hombre que le llevaba casi veinte años, por muy encantador que fuera.

Al verlo, sonriendo bajo su bigote al otro lado del cristal, sintió un revoloteo de mariposas en el estómago. Se dijo que estaba loca, o quizá fuera el amor, que no entiende de razones.

Tras besarla en las mejillas y repasar su indumentaria con la mirada, Ambrós adoptó el tono serio de un guía:

—El lugar está a una hora y media de aquí yendo hacia el interior. Eso si caminamos ligeros.

—Así lo haré, sherpa.

—En marcha, entonces.

Dicho esto, empezaron a caminar entre las hileras de chalets vacíos hasta alcanzar la carretera. Una vez al otro lado, tomaron un camino de tierra que iba ascendiendo entre

montes de suaves pendientes.

No soplaba el viento, y un sol generoso iluminaba la senda de aquellos dos caminantes que se dirigían a un lugar que Ambrós se negaba a revelar.

—Cuando lleguemos lo verás.

—Jo... ¿y falta mucho?

—Cada vez menos. —Y rio entre dientes antes de añadir—: ¡Hablas como una niña pequeña!

Celia puso cara de enfurruñada, más por jugar que porque se hubiera ofendido de verdad.

Su sherpa accidental lo sorprendió entonces al preguntarle:

—¿Hacíais excursiones con tu chico?

—Algunas... Bueno, no muchas —reconoció—. Creo que nuestro deporte favorito era discutir.

—¿Y siempre encontrabais un motivo? —preguntó Ambrós con verdadera curiosidad.

—Si no había un motivo real, echábamos mano de los «grandes éxitos» del pasado.

—¿Qué quieres decir con eso?

Mientras sus bambas floreadas iban ganando terreno, Celia se sorprendía de estar analizando sus miserias con aquella serena lucidez.

—Cuando una pareja empieza a discutir por todo, no le basta con los rifirrafes del día a día. Para hacerse más daño, se lanzan reproches de cosas que sucedieron mucho tiempo atrás y que ya se hablaron en su momento.

—Entiendo... —murmuró Ambrós, fascinado—. Como aquellos discos de *greatest hits*, pero con lo peor de cada uno. Lo que llamamos «sacar los trapos sucios».

—¡Exacto! Los grandes éxitos son los temas recurrentes con los que una pareja se hace la vida imposible. En nuestro caso, cuando nos cansábamos de escucharlos, entonces pasábamos a las *rarities*. Son aquellos temas insignificantes que nunca deberían haber quedado grabados, pero que de repente vuelven a sonar, para sorpresa de la audiencia —dijo, sarcástica.

—Ponme un ejemplo.

Ella se detuvo a pensar, con las manos en las caderas, en medio de un sendero muy empinado que parecía llevar a su destino.

—Por ejemplo, alguna tontería que sucedió en una boda, tres años atrás, cuando tu novio elogió el vestido de una amiga y en cambio no lo hizo con el tuyo. Te encuentras,

con tu pareja, en medio de una competición de a ver quién tira más mierda, y la *rarity* vuelve a sonar.

Tras esta explicación, a Celia se le encendieron las mejillas. Luego miró a Ambrós y le dijo:

—Debes de pensar con razón que soy insoportable, y que por eso me han dejado. Pero voy a cambiar —afirmó con determinación—. Sé que puedo hacerlo.

—Ya has cambiado —repuso él mientras le pasaba una mano por el hombro.

—¿Lo dices de verdad? ¿O es solo para consolarme?

—No necesito consolarte. Ya no eres un alma en pena, como cuando te vi la primera tarde en el café. Ahora... —Celia lo miró interrogativa—. Ahora pareces incluso feliz.

33. El lago turquesa

Celia se quedó boquiabierta al ver que el sendero desembocaba en un lago de aguas azul turquesa, rodeado de pequeñas rocas. El sol del mediodía daba un resplandor místico a aquel oasis en lo alto de la montaña.

—Ahora ya conoces el secreto —anunció Ambrós, satisfecho.

Se sentaron en la orilla y Celia se descalzó para tocar el agua con la punta del pie.

—Está helada, pero yo me atrevo a meterme si tú lo haces conmigo.

—Mejor que no —dijo él, riendo ante aquella ocurrencia.

—¿Por qué no? ¡Eres un gallina! —lo provocó Celia.

—Alto ahí... Cuando ejercía de bombero tuve que lanzarme a pantanos, a ríos y al mar en pleno invierno.

—Pensaba que los bomberos apagabais fuegos...

Ambrós sacó de su mochila dos bocadillos cuidadosamente envueltos con papel y dos botellines de zumo. Una vez repartidos, miró el sol reflejado en la superficie azul verdosa del lago y explicó:

—Por muy bombero que seas, no siempre hay fuegos que apagar. A veces hay que rescatar a un gato casero que se ha encaramado a un árbol y no sabe bajar, o bien salvar a alguien que se está ahogando. Para entrar en el cuerpo has de ser un buen nadador.

—¿Y tú lo eres?

—Por supuesto.

—Tal vez eras un buen nadador —lo provocó ella—, pero has dejado de serlo.

—No digas tonterías.

Ambrós dio un par de mordiscos a su bocadillo de queso y tomate, zanjando aquel asunto. Luego tomó un sorbo de su zumo de naranja. Por la mirada obstinada de Celia, entendió que para ella el tema no estaba agotado.

—¿Puedo preguntarte algo con franqueza, sin que te enfades?

—Por supuesto. Aunque quisieras, te costaría hacerme enfadar —la desafió Ambrós.

—Allá voy, pues. Los ataques de pánico que te impiden trabajar de bombero... ¿son la razón por la que no te atreves a bañarte aquí?

—Yo no he dicho que no me atreva a bañarme, simplemente no he traído bañador...

—Su mirada se levantó hacia aquel poderoso sol de invierno, como si le pidiera inspiración—. No tengo ningún miedo al agua, por muy fría que esté, y de hecho tampoco al fuego. Después de aquella desgracia, los ataques de pánico me empezaron a asaltar en el camión de bomberos o en el puesto de guardia. Entonces, volvía a ver todo lo que sucedió como una película.

Celia le tomó la mano y se la acercó a los labios para besarla. Él le correspondió con una sonrisa triste.

—Tal vez ya ha pasado suficiente tiempo, Ambrós, y ahora vuelves a ser capaz de estar con tus compañeros. Quedarte en casa como un jubilado no es la solución.

—Lo sé —dijo con tono ausente.

Obedeciendo a un impulso, Celia se puso de pie y se quitó el jersey rojo y la camiseta de manga larga. Luego hizo lo propio con los tejanos, quedándose en ropa interior.

Ambrós la contemplaba asombrado, con un trozo de bocadillo en una mano y el zumo en la otra.

—Mientras te decides a moverte —dijo a la vez que se desabrochaba el cierre del sujetador—, voy a despertar al bombero que llevas dentro.

Tras dejarlo caer al suelo, Celia se bajó la última prenda y se lanzó al agua.

34. Cementerio de conversaciones

Desde la penumbra, Sarah acariciaba con la mirada las mesas del café. Tras atender a un posible comprador de todo lo que contenía el local, que iba a ofrecer un precio de saldo, se había quedado muda detrás de la barra.

Por primera vez en mucho tiempo, no había entrado un solo cliente en toda la tarde. Tras la marcha de Jorge, parecía como si el resto de los habituales lo hubieran seguido, abandonando la nave.

La tarde había ido avanzando como una mortaja lúgubre, y Sarah ni siquiera quería encender las luces para contemplar aquel vacío.

En aquellos últimos compases, las mesas parecían ahora un mobiliario fósil, un cementerio de conversaciones que dejarían de existir cuando el dueño del caserón echara el cierre.

Decidida a brindar con sus propios fantasmas, a falta de otra persona con quien compartir su soledad, limpió una copa de cristal hasta dejarla reluciente y se dispuso a abrir la mejor botella de su bodega.

Para ella sola.

Tras descorchar el Viña Tondonia gran reserva, se sirvió con la dignidad de quien ha elegido exprimir todo su jugo al momento. Tal como hacía siempre su padre, se acercó el espeso vino a la nariz y aspiró su astringencia antes de removerlo circularmente.

Luego dio un pequeño sorbo que le supo a gloria.

Sin poder evitarlo, empezó a llorar, no sabía si por la bondad del vino o porque tomaba conciencia de que aquel instante ya no podría repetirse.

Ocupada en dar rienda suelta a sus emociones, Sarah tardó en reparar en que las sombras de dos figuras masculinas la observaban desde la puerta.

35. Pigmalión

La visión de Celia faenando por la cocina devolvió a Ambrós sensaciones de otros tiempos. Tras pasar todo el día de excursión, ella lo había convencido para que aceptara una invitación a cenar en su apartamento alquilado.

—No es algo que suceda todos los días —le advirtió ella—. Entre trabajo y trabajo, casi siempre acabo tirando de congelados.

El invitado observaba desde un taburete de la barra americana todos los movimientos de Celia, que improvisaba una salsa con todo lo que había en la nevera para los espaguetis que había puesto a hervir. Vestida con ropa cómoda después de la larga excursión, le parecía tanto o más bella que cuando la había visto al natural como una diosa en el lago.

Para no parecer un timorato, no le había quedado otra que desnudarse él también y lanzarse al estanque helado. Una vez allí, Celia había hecho que la persiguiera como una ninfa acuática.

Ella había sido la primera en salir del lago y se había quedado unos segundos de pie frente a él, escurriéndose la melena pelirroja sin pudor, como si quisiera regalarle su imagen desnuda para el recuerdo.

Cuando él salió del agua, un importante detalle de su anatomía había revelado que ella no le era indiferente. Desplegando el juego más viejo de la humanidad, sin embargo, Celia se había vestido como si nada relevante hubiera sucedido, y el resto de la tarde había pasado sin una sola insinuación por su parte.

Ya de noche, mientras ella escurría los espaguetis y los llevaba a la cazuela con la salsa, Ambrós tomó conciencia por primera vez de que iba a echarla de menos, pero se guardó ese secreto para él.

—No esperes gran cosa —dijo ella, llenando los platos ya dispuestos sobre la barra—, mis salsas de espagueti pueden parecer cemento armado.

—Lo que cuenta es la compañía.

Celia lo miró con rabia fingida y disparó:

—¿Cómo puedes ser siempre tan *gentleman*?

—No lo sé. Tal vez me viene de mi padre y de mi abuelo. Él nunca se sentaba a la mesa sin traje y corbata, aunque cenara con sus nietos.

Celia sopló sobre los espaguetis calientes.

—Lo que quiero decir es... ¿tú nunca estabas a la greña con tu mujer? ¿O luego con tu hija?

Ambrós meditó un instante. Luego respondió:

—Por mi profesión, he tenido que tratar con cientos de personas en situaciones muy dramáticas. Cuando todo se viene abajo, la tentación de culpar al otro es muy grande, pero eso no ayuda a arreglar nada, ni hace que el otro se vuelva mejor. Al contrario...

—¿Qué quieres decir?

—Es como lo que me has contado esta mañana de los «grandes éxitos» y las «rarezas». Acusar al otro y lanzar reproches nunca ha servido para educar a nadie. Se puede comprobar muy claramente con los niños.

Celia sorbió el cabo de un espagueti y se refrescó con agua antes de preguntar:

—¿Y qué puedes hacer, entonces, cuando no te gusta lo que hace la otra persona? ¿Cerrar los ojos y cruzarte de brazos?

—Hay maneras amables de expresar que algo te hace sentir mal, pero si realmente quieres ayudar a que otro mejore, pon el énfasis en lo que hace bien. Házselo saber. — Ambrós había fulminado ya medio plato y seguía adelante, para alivio de la cocinera—. Si tú me señalas y me recriminas lo que hago mal, lo más probable es que me ponga a la defensiva y refuerce ese defecto.

—¿Para fastidiar?

—No, para reafirmarme desde el lugar en el que me estás atacando. Cuando se acusa a un hombre de que bebe demasiado, la inercia lo lleva a beber aún más. Creo que lo llaman el efecto Pigmalión: tendemos a satisfacer las expectativas que los demás tienen sobre nosotros. Además, es injusto... Si solo me echas en cara lo que hago mal, sin mencionar aquello que hago bien, me estás negando toda esa parte que también es mía.

Celia se mordió el labio, mientras interiormente se decía que ojalá hubiera sido consciente de aquello antes. No comentó nada para no interrumpir a Ambrós, que prosiguió:

—Si al mostrar aquello que no te gusta elogias también todo lo que te gusta, la persona se siente respetada en su totalidad y deseará superarse. Eso es algo que me enseñó mi hija. Criticando y humillando al otro solo consigues que baje de nivel. En cambio, si le haces ver sus talentos, la persona se crece, como cuando un estudiante es felicitado por su profesor. Vuelve a casa con ganas de devorar los apuntes y hacerlo aún mejor.

El zumbido del timbre de la puerta interrumpió lo que empezaba a parecer una ponencia. Sobresaltada, Celia miró el reloj de la cocina, que marcaba casi las diez, y exclamó:

—¿Quién demonios puede ser?!

Un nuevo timbrazo la hizo saltar de su taburete.

Abrió la puerta de la calle desde el interfono sin atreverse a preguntar quién era. Medio minuto después, una mano firme golpeaba la puerta.

Celia la abrió de golpe, con la determinación con la que alguien se enfrenta a un enemigo.

Al otro lado se encontró a Sarah, que fingió no sorprenderse de que Ambrós estuviera allí. Nerviosa y desgredada, anunció con excitación:

—¡Ha aparecido Jorge! Y viene con alguien.

36. El diagnóstico

Aquel anciano de aspecto extravagante había mandado descolgar el cuadro de los náufragos, mientras sacaba de su maletín un paño de aspecto aterciopelado para cubrir la mesa.

Aprovechando que la propietaria del mismo hablaba su idioma, le pidió que lo pusiera boca abajo.

Sarah obedeció sin entender nada, mientras Butler examinaba el entramado del lienzo con una gruesa lupa rectangular. Tras levantar las cejas con escepticismo, tomó el cuadro por el marco y le dio la vuelta para observar la pintura.

Inclinado sobre el óleo, siguió con la lupa las llamas de las velas, el mar bravío y los náufragos que, remando desesperados, luchaban por salvarse. Respirando con dificultad, finalmente devolvió la lupa al maletín y, con un inglés británico que a los demás les resultó ininteligible, preguntó:

—¿Alguien puede darme fuego?

—No está permitido fumar, pero ya da igual —dijo su compatriota mientras le encendía el cigarro con una cerilla.

Butler apartó la silla de la mesa donde reposaba el cuadro y echó una bocanada de humo en medio de la sala. Luego miró a Jorge y le dijo:

—Su sospecha era fundada, caballero. Este cuadro es auténtico.

—¿Se refiere a la época en la que fue pintado? —preguntó Sarah—. De eso no tenga ninguna duda. Forma parte de una vieja herencia familiar.

—Me refiero al autor de la pintura. Ya me he dado cuenta de que tiene varias reproducciones del mismo artista. Bastante malas, por cierto.

Sarah quiso protestar, pero el galerista y anticuario la frenó, levantando la mano, y concluyó:

—Ese otro es algo muy distinto... No lo había visto en ningún catálogo hasta que este caballero me mostró la foto, pero debo rendirme a la evidencia. El bueno de William debió de tener en gran estima a su antepasado. Es un Turner original.

37. El rescate de los náufragos

De un día para otro, aquel pueblo aletargado se había convertido en un ir y venir de forasteros que fotografiaban el lienzo y hacían toda clase de preguntas.

Antes de que llegara la prensa local, un notario de la capital había revisado el testamento guardado por Sarah y, tras pedir la documentación pertinente a Butler, había redactado el acuerdo según el cual permitía su traslado temporal a Londres para una tasación previa a la subasta, si su sorprendida propietaria deseaba venderlo.

Mientras dos empleados de una empresa de seguridad tomaban medidas para trasladar la obra en un recipiente sellado, Sarah agarró de la manga al inglés y le preguntó:

—¿Cuánto cree que puede valer esta pintura? Lo cierto es que le tengo mucho cariño y no me gusta la idea de desprenderme de ella.

—Sería una locura que la custodie usted, ahora que se sabe quién es el autor —le dijo Butler, muy serio—. Necesitaría contratar vigilancia veinticuatro horas al día.

—Entonces, su valor debe de ser enorme —murmuró, impresionada.

—¡Por supuesto! Van a ofrecer una fortuna por esos náufragos.

Sarah suspiró ruidosamente y dijo:

—Sé que le sonará ridículo, pero no me gusta la idea de la subasta. Me parece odioso que cualquier ricachón pueda quedarse con el regalo que recibí mi antepasado. Aún no entiendo por qué lo mantuvo en secreto.

—Lo haría por seguridad —opinó el galerista—. Nadie intenta robar una copia, que es lo que todos creían que era. Ha tenido usted suerte de que la gente no entienda de arte ni en Inglaterra ni aquí. Sobre lo de la subasta... tiene usted otra opción, aunque le reportará beneficios muy inferiores.

—¿Cuál es esa opción?

—Venderlo a un museo. La cantidad que percibirá como compensación será muy inferior, pero tendrá la satisfacción de saber que todo el mundo podrá disfrutar del

cuadro, como ha sucedido en este café.

Estas últimas palabras hicieron que Sarah se atreviera a preguntar lo que le rondaba por la mente desde que se había confirmado el hallazgo.

—Aunque un museo pague mucho menos... ¿Cree usted que la cantidad alcanzaría para comprar esta casa?

Sorprendido por esta pregunta, Butler examinó con la mirada los cien metros cuadrados escasos que ocupaba el café antes de dictaminar:

—Y cinco como esta también.

Sarah lanzó una mirada significativa a Jorge, que llevaba toda la mañana anunciando que quería marcharse.

38. Un beso y 333 días

Desde que la prensa y los curiosos se habían volcado sobre el café, Puerto Añil había dejado de ser un remanso de calma y olvido. La noticia de que un Turner había adornado aquel humilde establecimiento durante medio siglo, sin que nadie se diera cuenta, estaba en boca de todos los medios.

Ante toda aquella algarabía, solo quedaba marcharse, pero esa era una opción solo válida para Celia.

Ambrós seguiría viviendo en el pueblo donde había nacido. Por su parte, Jorge estaba retenido contra su voluntad por Sarah, que insistía en repartir a partes iguales el dinero procedente de la venta del cuadro.

—Deja de decir tonterías —se sulfuró el hombre—. Esa pintura se la regaló Turner al bisabuelo de tu abuelo. No tiene nada que ver conmigo.

—De no ser por tu corazonada, seguiría ahí. Peor aún, tras el derribo del café habría acabado en cualquier desván, y el tesoro nunca habría salido a la luz.

—Vende el cuadro y compra esta casa —dijo Jorge para zanjar la cuestión—. A mí déjame en paz. Ahora que el café no va a cerrar, podrás invitarme hasta el fin de mis días.

—Eso tenlo por seguro, pero voy a compartir el tesoro contigo, ya que eres su descubridor.

—No lo permitiré.

Desesperada ante la tozudez de Jorge, la inglesa contraatacó:

—Entonces compraré tu casa por el precio que me dé la gana. Está a la venta, ¿no? Incluso soy libre, una vez que te la haya comprado, de regalártela. No podrás negarte.

Celia interrumpió aquella discusión para abrazarlos a los dos antes de que Ambrós la llevara en su coche hasta la estación de autobuses.

—Hay un verso de un poeta que me gusta mucho, Francisco J. Tapiador, que dice: «Tú ríes de contento / Yo, de tu alegría». Y así me siento yo esta mañana. —Celia tomó una mano a cada uno—. No sé cómo va a acabar el asunto este del cuadro, pero intuyo que vais a ser felices.

Diez minutos después, el prehistórico Renault 5 de Ambrós dejaba atrás las últimas casas de Puerto Añil. Desde su asiento de copiloto, Celia contemplaba los viñedos que flanqueaban aquella carretera que llevaba a una población mayor donde paraban los autobuses.

—No me gusta nada la idea de irme —suspiró ella—, pero el pueblo se ha llenado de locos y yo tengo que volver a trabajar.

—Es lo mejor que puedes hacer —respondió él, afable, sin apartar la mirada de la carretera.

—¿De verdad piensas eso? ¿No se te ocurre mejor plan para mí que estar todo el día sola en casa, trabajando delante del ordenador?

Ambrós no contestó.

—Puesto que de aquí a un rato me perderás de vista, voy a ser atrevida.

Él se limitó a sonreír, como si asistiera al discurso de una chiquilla.

—Preferiría quedarme aquí, cerca de ti. Ya sé que te consideras demasiado viejo para que suceda algo entre nosotros, pero me hubiera gustado intentarlo.

—¿Intentar qué?

Ella tragó saliva antes de decir:

—Intentar que me quieras.

—Eso es absurdo, Celia.

—¿Por qué? —preguntó, dolida.

—Por dos motivos. El primero es que no hace ni una semana que querías morirme porque tu chico se había ido con otra.

—Estaba cegada por la rabia —reconoció—, pero cada día que pasa soy más consciente de que Sarah tenía razón. No era el hombre de mi vida. ¿Cuál es el segundo motivo?

El coche entró en un barrio de urbanizaciones antes de desviarse en dirección al hangar de autobuses.

—Es absurdo que intentes que te quiera, porque ya te quiero tal como eres.

Ella se quedó muda. Tras pensarlo un instante, lo miró inquisitiva y precisó:

—«Querer» tiene muchas acepciones. ¿Puedes concretar qué significa para ti ese verbo en relación conmigo?

—La próxima vez lo haré. Ahora hemos llegado y tu autobús sale en menos de diez minutos.

—¡Eres malo!

Celia besó a Ambrós en la mejilla y luego lo abrazó, apoyando su cabeza pelirroja en su hombro.

—¿Tan mala pareja haríamos? —bromeó ella.

—Bueno... de aquí a cinco años no tanto. Tú tendrás treinta y yo cuarenta y siete. Eso aún podría ser.

—No lo digas muy alto, que soy capaz de esperarte —le dijo antes de darle un suave puñetazo en el pecho.

—De momento, te espero de aquí a 333 días exactamente.

—¿Cómo?

Ambrós detuvo el coche y abrió las puertas. Los pasajeros del autobús ya estaban subiendo a bordo.

—Has firmado un contrato, ¿lo has olvidado? Puesto que el próximo año será bisiesto, de aquí a 333 días nos reuniremos los cuatro con el poeta para confirmar que, cumpliendo con nuestra parte, seguimos sobre esta Tierra.

—Eso no lo dudes —prometió ella antes de plantarle un beso en los labios, tan rápido y breve que Ambrós no tuvo tiempo de apartarse.

—Eres muy obstinada... Vamos, no pierdas el autobús.

Mientras le daba un último abrazo, Celia le dijo al oído:

—¿Sabes? Ya no me siento como una pobre chica que se hunde. Ahora soy una náufraga que lucha por llegar a tierra firme.

—No tengo duda de que lo conseguirás.

Con su mochila cargada al hombro, ella se apresuró hacia la puerta del autobús a punto de arrancar.

Antes de que desapareciera en su interior, Ambrós le gritó:

—¿Ya sabes lo que salvarías del fuego?

—¡Sí! —gritó desde la distancia—. Aquello que no puedo perder en un naufragio, como decís vosotros.

—¿Y qué es?

Antes de entrar en el autobús, Celia se señaló el corazón, en el que anidaba una nueva esperanza.

«Solamente conozco una obligación,
y esa es amar.»

ALBERT CAMUS

Agradecimientos

A Jordi Nadal, editor de este libro, además de profesor y amigo, por brindarme la inspiración que dio nacimiento a esta aventura.

A Miriam Malagrida, por confiar en esta historia y animarme tan amablemente a ponerle fin.

A Álex Rovira, más que un amigo, un maestro y un hermano.

A Sandra Bruna y todo su equipo, por apagar tantos fuegos y ser un impulso constante en mi camino.

A Miquel-Lluís Muntané, por sus poemas, que son un faro en la tormenta para mí. A José Antonio Arcediano y Antonio García Lorente, por sus traducciones al castellano que iluminan el Café Turner.

A Francisco J. Tapiador, novelista de la casa y autor de la antología *Balaje y verdemar*, por permitirme citar un poema de la misma y dos versos inéditos.

A Héctor García (Kirai), Pere Valls y Anna Sólyom, por sus lúcidas reflexiones sobre la versión final de la novela.

A todos los amigos presentes y pasados, por dar argumento a mi existencia y a esta narración, que forma parte de la misma.

A ti, que sostienes este libro, por caminar y descubrir conmigo que la aventura de vivir no ha hecho más que empezar.

Notas

- * De repente, no soy ni la mitad de aquel que solía ser.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debamos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno.

"Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad
Dr. Mario Alonso Puig



21^a
edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de **100.000**
ejemplares vendidos
en España

**¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?**

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir con ABUNDANCIA

**Por qué algunas personas consiguen
lo que se proponen y otras no**

SERGIO FERNÁNDEZ

Plataforma
Actual



Por el autor de
Vivir sin jefe
y **Vivir sin**
miedos

**El éxito tiene sus reglas y conocerlas
lo hace todo más fácil**

Vivir con abundancia

Fernández, Sergio

9788416256471

237 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Por qué algunas personas consiguen lo que se proponen y otras no. Algunas personas materializan todo aquello que desean sin esfuerzo; otras parecen condenadas a una vida de resignación y sufrimiento. Vivir con abundancia no es un libro: es una revolución que te permitirá pasar a formar parte –y para siempre– del primer grupo. La vida es un juego que tiene sus propias reglas. Comprenderlas e interiorizarlas te permitirá manifestar la abundancia de manera natural. En esta obra práctica y optimista, Sergio Fernández te ofrece las diez leyes para cristalizar tus sueños, así como las treinta claves prácticas para incorporarlas. "Un mapa para cristalizar nuestros sueños a través de una lectura inspiradora y muy necesaria", Pilar Jericó. "Aprecio a Sergio, respeto su trabajo y admiro su frescura. Es un ejemplo de lo que escribe", Raimon Samsó. "Me ha encantado su lectura. Es necesario e imprescindible", Juan Haro. "Sergio es libre, sabio, eficaz y generoso y lo que predica les da estupendos resultados a quienes siguen sus métodos", José Luis Montes. "Sergio Fernández es definitivamente el referente del desarrollo personal en España", Fabián González. "Gracias, Sergio, una vez más, por ayudarnos a crear el mundo que soñamos", Ana Moreno. "Vivir con abundancia se ha convertido en uno de mis libros de cabecera. Imprescindible", Josepe García.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Epígrafe	6
1. Café Turner	7
2. Hablen entre ustedes	9
3. Otros fuegos	11
4. La soledad del capitán	14
5. Un lobo solitario que se defiende en el bosque	16
6. Sálvese quien pueda	19
7. El mar del ocaso	21
8. El último faro	23
9. Un rayo verde	25
10. El pintor de catástrofes	28
11. Dar y recibir	30
12. Cuando soplan los vientos del cambio	33
13. El Sol es Dios	35
14. Los tres círculos	37
15. Lo que salvarías del fuego	42
16. El lugar del crimen	45
17. Los suspiros de Glenn Gould	47
18. Señales de muerte	49
19. John & Carol's Blues	51
20. Un mar de fueguitos	53
21. Todo es bueno, aunque parezca malo	56
22. Un contrato de no desaparición	58
23. Éxodo nocturno	60
24. Té de roca	61
25. Los dioses lares	64

26. Yesterday	66
27. Humo	68
28. Fin de trayecto	70
29. Besar a un fantasma	72
30. La última estancia	74
31. La tumba de Kazantzakis	76
32. Greatest hits & rarities	78
33. El lago turquesa	81
34. Cementerio de conversaciones	83
35. Pigmalión	84
36. El diagnóstico	87
37. El rescate de los naufragos	89
38. Un beso y 333 días	91
Coda	95
Agradecimientos	96
Notas	97
Colofón	98